

David S. REHER: *La familia en España. Pasado y presente*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.

Esta obra representa una compilación bibliográfica y trabajo de investigación digna del autor que la firma. El libro transcurre con agilidad por todos los aspectos que afectaron la familia a escala española en el pasado: estructuras del hogar, sistemas familiares, ciclo de vida de los individuos, transición en las pautas de mortalidad, mercados matrimoniales, economías familiares hasta una breve reflexión de la familia en el presente.

Las técnicas usadas por el autor son tanto microhistóricas, de elaboración propia o nacidas de otros estudios de todas las regiones de España, como basadas en datos agregados. El resultado es en buena

parte un trabajo de síntesis excelente, del que no contaba la historiografía española, además del esbozo de nuevas y pioneras perspectivas para el estudio de la familia.

Para una investigación tan veterana como la de David S. Reher, pienso, falta un verdadero apartado introductorio en el que no sólo se dé un breve repaso a la bibliografía reciente, que no cesa de aparecer en todas las páginas del libro, sino que nos apunte cuáles son las preguntas candentes en la historiografía europea sobre familia y hogar, más allá de los trabajos del Cambridge Group for the History of Population and Social Structure. La introducción da al libro un carácter de

obra de divulgación que desmerece las páginas que le siguen.

Siendo la obra tan ambiciosa, otra objeción general que se le puede achacar, que desmerece el título, es que nueve décimas partes del libro —los nueve primeros capítulos— nos hablan de la España del pasado, muy en particular de la España rural, y sólo en el capítulo 10, el del presente, se empiezan a abordar temas sobre la España urbana. Ello no es particular de esta obra, ya que en buena parte de los casos la demografía histórica se ha basado en estudios de reconstrucción de familias que, necesariamente, han de basarse en poblaciones de tamaño modesto. No obstante, dado que el propio autor en otras ocasiones ha abordado el tema de la España urbana en términos históricos, el tema de cómo afecta la urbanización a las estructuras del hogar y sistemas familiares no dejaría de ser esclarecedor. Exagerando un poco, y muy en particular, sobre la familia troncal catalana nos hemos de contentar con Sant Pere de Riudevitlles, una parroquia tan minúscula como Gurb para la actualidad y la Vall d'Aran. Con datos conocidos y un poco más de especulación se hubiese podido decir mucho más sobre la familia en Cataluña y Baleares, rural y urbana, e incluso a través de distintas clases sociales. Sobre todo porque en las últimas páginas del libro el autor discute si la familia ac-

tual es fruto de continuidades o de rupturas, a partir de cambios en los sistemas de transmisión patrimonial, cuyas raíces, si lo que quiere es enfatizar la continuidad, se hallaban en el pasado en el mundo urbano. El contexto ambiental, rural o urbano, afecta también otros de los temas abordados por el libro, como es el del mercado matrimonial.

Hechas estas matizaciones, quizá la parte más sugerente del libro de David Reher es el saber fundir pautas culturales —por ejemplo hereditarias— con necesidades económicas en un discurso globalizador. Para mí ésta es una de las partes más logradas de su enfoque, ya que permite superar los esquematismos con los que a menudo se han estudiado la familia y la estructura del hogar. Ello no obstante, hablarnos de las dos Españas como la España de la familia troncal y la de la familia nuclear no deja de ser irritante para los amantes de Antonio Machado. Y es que, hecha esta salvedad, un factor que falta vincular a cultura y economía es la realidad política del país, a la que sólo se hace una breve referencia en las últimas páginas del libro.

Repetidamente nos hallamos ante la mención de un siglo de modernización económica y demográfica en una España como la del siglo XX, cuando, a partir de las estimaciones de Prados de la Escosura, en el capítulo 10 se hace una breve

mención a que en 1960 España estaba tocando el fondo. Quizá, en parte, a causa del elevado grado de ruralización que conllevó el primer franquismo y también debido a las políticas pronatalistas y de protección a la familia llevadas a cabo por los distintos regímenes de la última dictadura, en 1970 el panorama en lo referente a estructuras del hogar hubiese cambiado tan poco.

Dicho de otra forma, si el libro es totalmente logrado a la hora de fundir patrones culturales con los económicos, en el dilatado tiempo que estudia falta una variable por considerar, a saber, las políticas de protección y defensa de la familia de los años cuarenta y cincuenta, sin las cuales es imposible comprender por qué la pauta de convergencia con Europa fue tan tardía. Más información cualitativa, aparte de la cuantitativa, nos sería de gran utilidad al respecto.

Otro aspecto sugerente, que matiza los hallazgos del Cambridge Group for the History of Population and Social Structure, es que en España tanto los frenos malthusianos positivos como los preventivos operaron a la hora de diseñar el tamaño de la población. En este sentido, nuevamente, los datos son locales y, en su generalización, nos vendrían a evocar una sociedad con poco o nulo cambio técnico y escaso dinamismo. El papel del freno preventivo y su relación con la econo-

mía fueron evocados, en el contexto inglés, por E. A. Wrigley y R. Schofield (*The Population History of England*, CUP, 1981). Ello no obstante, el papel del freno positivo, cuando en el libro se habla de que la mayor parte de epidemias, aparte del cólera, se habían ya superado en un primer paso en la transición de la mortalidad, no deja de ser revelador. Más, porque el autor nos deja sin respuestas. ¿Es que en la España del siglo XIX podemos hablar de la vigencia del modelo malthusiano en el que el crecimiento de la población siempre se había de ver atrapado por los rendimientos decrecientes y las crisis de subsistencias? Tal línea de argumentación, más allá de la mera información que nos ofrece el autor, requeriría sin duda de más investigación y, de nuevo, de una precisa ubicación en el espacio, en una historiografía como la española en la que el debate sobre qué sector o región era el más dinámico es ya reiterativo. Ello no obstante, la vigencia del freno positivo hasta 1880 no deja de iluminar una realidad en que si las epidemias estaban en buena parte superadas, la escasez de recursos alimenticios azotaba periódicamente a la población.

Aparte de estas reflexiones críticas, que en ningún momento pretenden desmerecer la calidad de un libro en el que abundan los gráficos, el trabajo empírico y la investigación por primera vez a escala española,

habría mucho más que decir sobre los hallazgos de David Reher. El trabajo de simulación en el capítulo 9 es excelente y nos arroja luz sobre el porqué la familia, a partir de la dilatada y tardía transición demográfica española, se ha modificado tanto. Elementos para el estudio de temas como el de la vejez, el trabajo de la

mujer, la infancia, entre otros, pueden ser encontrados en las páginas de esta obra. Por todo ello, y otras razones que el lector sabrá apreciar, creo que merece ser ampliamente difundido.

Enriqueta CAMPS
Universitat Pompeu Fabra

Juan A. SÁNCHEZ BELÉN: *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*. Madrid, Siglo XXI, 1996.

Qué duda cabe que la política económica del reinado de Carlos II ha tenido mala prensa en la historiografía española; los juicios negativos ya empezaron durante el reinado de Felipe V. Sin duda, la nueva dinastía gozaba de mejores propagandistas. Pero la cosa no debió de ser para tanto; la economía de finales del siglo XVII ya se estaba recuperando, aunque el declive político todavía siguió, pero no se había iniciado con Carlos II. En efecto, nadie se atreverá a negar que ya en 1665, año de la muerte de Felipe IV, se había gestado el ocaso de la hegemonía política española en Europa. Sánchez Belén se ha atrevido en este libro a romper una lanza en favor de Carlos II y sus ministros, a quienes exonera de la responsabilidad de haber llevado a España a un segundo plano en el concierto internacional. La pérdida del poderío imperial la

atribuye al desgaste de la primera potencia, que era España, por el implacable acoso de sus enemigos, Francia sobre todo, que eran varios y más fuertes económicamente, en este siglo XVII. Y la verdad es que los argumentos y los datos, que son muchos y muy valiosos, presentados por Sánchez Belén son convincentes.

Para empezar, señala que la recuperación global de la economía castellana ya empezó, al menos, en 1680-1686, cuando se reformó el sistema monetario y se estabilizó la inflación, aunque en algunas regiones la crisis había comenzado a remontarse hacia 1660-1670, como se aprecia en el crecimiento de la población y la producción agrícola; algo que ya señalaron Ángel García Sanz y Vicente Pérez Moreda. Sin duda, uno de los factores de la recuperación tuvo que ser el «alivio» en

los impuestos cobrados a los súbditos, realizado desde la segunda fase del reinado de Felipe IV, y la evidente desgravación fiscal realizada durante el reinado de Carlos II.

Si algo queda claro en la Historia de la Hacienda real de los siglos XVI y XVII es que los monarcas castellanos agotaron la economía y a los contribuyentes; el peso del imperio fue una de las causas de la crisis de la economía castellana, y en esto hay bastante acuerdo desde los libros clásicos hasta los estudios más recientes. La subida al trono de los dos últimos austrias suscitó esperanzas de rebajas impositivas entre los súbditos, como dejan traslucir los numerosos tratados, memoriales y arbitrios redactados en la época. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el abatimiento de Castilla tenía su origen en la excesiva presión fiscal que los vasallos habían tenido que soportar para sostener la monarquía; así que la rebaja de impuestos, y la supresión de los más perjudiciales, era «un clamor general». Los arbitristas solicitaban también la reducción de los juros, el recorte de los salarios de los empleados, la centralización del cobro de los tributos para acotar los abusos de los recaudadores y el fraude. Puede parecer paradójico, pero también los gobernantes pensaban que aliviando las contribuciones se impulsaría el crecimiento económico y, desde luego, se acallarían las protestas. La di-

ficultad radicaba en compaginar esa desgravación de los súbditos con la defensa de las posesiones centroeuropeas de España, amenazadas permanentemente por Francia. Mientras los conflictos bélicos subsistieron, sólo fueron factibles las reformas administrativas, destinadas a combatir el fraude, a reducir las cargas de la deuda y a recortar algunos gastos. Y aquí radica una de las principales aportaciones de este libro, aunque hay muchas más, pues algo que habían intuido los grandes historiadores de la Hacienda es demostrado con datos fehacientes por Sánchez Belén: las reformas en la administración tributaria no fueron iniciadas por los borbones, sino por Carlos II, aunque efectivamente se desarrollaron en el siglo XVIII. Entre ellas cabe citar las siguientes: 1) se unificó la recaudación de las rentas ordinarias en ciertas tesorerías; 2) se creó la figura de los superintendentes provinciales; 3) se combatió con decisión el fraude fiscal; 4) se estableció un presupuesto fijo para atender a los gastos de guerra, de la Corona y de la deuda. Otro descubrimiento importante de Sánchez Belén es que, desde 1668, comenzó a reducirse la presión fiscal con las medidas siguientes: 1) las rebajas en los encabezamientos; 2) el perdón o reducción de algunas deudas de los pueblos; 3) la suspensión de la quiebra de millones, y 4) la reducción a la mitad de los cuatro

unos por ciento. Para compensar esa disminución de la presión fiscal sobre los pecheros, se pidieron mayores donativos y empréstitos forzosos a los grupos privilegiados, que se resistían a pagarlos, y, sobre todo, se exigió un notable sacrificio a los tenedores de juros, a través de los valimientos de los mismos, que eran unos impuestos sobre sus intereses que se retenían en origen, por lo que no podían evadirse. Naturalmente, las reformas ensayadas por Carlos II fueron muchas más, pero se encontraron con la enconada oposición ejercida tanto por la mayor parte de los ministros de los Consejos de Castilla y de Hacienda como por los estamentos privilegiados, particularmente por los clérigos. Así que las reformas de Carlos II se circunscribieron a lo que era posible dentro de aquel sistema, que fueron la estabilización del sistema monetario, la reducción de la presión fiscal y la mejora de la recaudación de los tributos.

La explicación de todas estas cosas, y más, se encontrará con todo lujo de testimonios y argumentaciones en el libro que comentamos, escrito con gran claridad y fácil de leer, a pesar de la aridez con que suelen ser tratados los temas de la Hacienda. Este excelente libro de Sánchez Belén se estructura en cinco capítulos. En los dos primeros se estudia la estructura administrativa de la Hacienda con mucho detalle y

claridad, algo difícil de lograr, dada la maraña administrativa de la época, y la estructura y volumen del gasto público, destacando el análisis de los recortes en las cargas de la deuda y los intentos de recortar el gasto. Si algo hay que destacar de ellos es que ya no se nos cuentan sólo las reglamentaciones legales de las instituciones de la Hacienda, sino también su funcionamiento práctico, algo muy costoso de indagar y descubrir. Los capítulos cuarto y quinto se dedican al análisis de las rentas ordinarias, y del descenso de la presión fiscal ejercida por las mismas, así como de los recursos extraordinarios y los nuevos arbitrios que se impusieron para compensar el descenso de las rentas ordinarias. Aquí sucede lo mismo: Sánchez Belén disecciona la realidad de la tributación, indagando las formas de cobro y los intereses subyacentes a las mismas, que eran muchos, encontrados y complejos. Aunque esté en medio, dejo para el final el capítulo que me ha parecido más novedoso y atrayente del libro de Sánchez Belén, siendo todo él de una extraordinaria valía y novedad. Me refiero al capítulo 3, donde se analiza el fraude fiscal y su represión durante el reinado de Carlos II. Este capítulo es ilustrativo de que la gestión del sistema tributario dejaba abiertas unas enormes puertas al fraude fiscal, que practicaban con entusiasmo, dedicación y malas maneras los grupos privilegiados, es

decir, nobles, militares y religiosos; apoyándose en sus fueros y privilegios particulares, usaban todas las armas —que eran muchas y variadas— disponibles para doblegar a los recaudadores. Si los recaudadores de impuestos —particularmente los arrendatarios— usaban métodos contundentes para cobrar los tributos, las artes exhibidas por los clérigos y nobles para evitar pagarlos no tenían nada que envidiar.

En definitiva, para no alargarme más, se trata de un gran libro, que es

de imprescindible lectura para los estudiosos de la Hacienda y para los modernistas, en general, porque tiene aportaciones fundamentales para el conocimiento de la economía, la política y la sociedad española del siglo XVII. La lectura es aún más imprescindible para aquellos que leyeron en su día el libro que Garzón Pareja dedicó a la Hacienda de Carlos II.

Francisco COMÍN
Universidad de Alcalá
y Fundación Empresa Pública

José MARCHENA: *Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996.

No descubrimos nada nuevo al señalar la importancia que están tomando los estudios centrados en las ciudades españolas durante las décadas interseculares en los últimos años. Así, este trabajo del profesor Marchena no hace sino sumarse a esta corriente historiográfica, en la que el libro *Las ciudades en la modernización de España* supuso, por un lado, un hito fundamental en esta línea; por otro, un punto de partida señero para futuras investigaciones. En él, si algo quedaba meridianamente claro, era que las ciudades, al menos algunas, se convirtieron en las auténticas células de modernización del país. Esta definición, que puede aplicar-

se a localidades como Barcelona, Bilbao, Valencia, San Sebastián o Madrid, entre otras, es más discutible para los casos de Vitoria, Pamplona, Logroño o la mayor parte de las capitales castellanas, por ejemplo. Cádiz, por su parte, estaría en una situación intermedia. Por un lado, durante la Restauración existía una burguesía deseosa de recobrar el viejo esplendor que la «tacita de plata» había tenido durante el siglo XVIII, pero, por otro, no era lo suficientemente emprendedora como para llevar sus proyectos a la práctica. A falta de inversiones propias, nos dirá Marchena, depositaron toda su confianza en el proteccionismo estatal.

El Cádiz de la Restauración es una ciudad dominada por la burguesía. Una burguesía que se había forjado a lo largo del XVIII gracias al traslado de la Casa de Contratación de Sevilla a esta capital. Con el comercio hispanocolonial Cádiz llegó a convertirse en una de las urbes más prósperas de la península. La situación bélica y la crisis internacional vivida a finales de ese mismo siglo y a comienzos del XIX, junto con la habilitación de otros puertos españoles para el comercio con América, hicieron que la estrella gaditana fuera poco a poco apagándose. De hecho, los años de la Restauración son decisivos para reorientar su vida económica, tal como demuestra Marchena en este libro.

Un libro que el autor ha estructurado en tres grandes capítulos. El primero de ellos, además de original, resulta de gran interés, ya que está dedicado a lo que él denomina «los indicadores económicos». En efecto, Marchena hace un repaso por los acontecimientos económicos más importantes de la ciudad, haciendo especial hincapié en los distintos proyectos que durante estos años se plantearon y que, por falta de iniciativas, no se llevaron a cabo en su mayoría. Las obras del puerto, la crisis del comercio ultramarino y las expectativas puestas en la industria son algunos de los aspectos que el autor analiza con sumo detalle. Aparte de determinadas empresas

de tipo infraestructural que pueden estar insertas en la propia dinámica burguesa del momento, lo cierto es que muchas propuestas no tuvieron un final exitoso. Con unos recursos públicos limitados, dados los esquilimados fondos del Estado, la iniciativa privada se mostró claramente insuficiente para sentar las bases necesarias para una auténtica modernización económica. Quizá uno de los sectores más dinámicos del Cádiz de la Restauración fue el turístico, un fenómeno relativamente nuevo que empezaba entonces a dar sus primeros frutos. Para Marchena, constituyó un alivio frente a la crisis que atravesaba la ciudad, que supo hacer de la fiesta un buen instrumento de promoción turística. Aunque tampoco en este terreno llegó Cádiz a tener la primacía en la península, ya que San Sebastián se había convertido en la playa de moda de la realeza, aristocracia y burguesía españolas desde los años cuarenta del siglo XIX.

Analizada la economía gaditana, el profesor Marchena dedica un segundo capítulo a la vida política. Más deudor de autores como Tussell, Varela Ortega, Dardé, Jover o Tuñón de Lara, entre otros, este apartado se centra en el estudio del funcionamiento del sistema de la Restauración, siendo en este sentido menos original que la primera parte. Aunque es preciso reconocer su labor meticulosa y concienzuda

desplegada a lo largo del tema, sobre todo a la hora de establecer las conexiones con la vida política nacional. Al respecto, sólo tenemos que añadir que su estudio de la prensa es realmente magnífico, habiendo sabido aprovechar perfectamente las posibilidades de esta fuente.

En el tercer y último capítulo, el más breve de los tres, el autor aborda la ideología y el pensamiento de la clase dirigente. Al igual que en el resto de España, también en Cádiz existió una ideología dominante, la de la burguesía, y una ideología subordinada, la de las clases populares todavía en vías de organización. La división política entre conservadores y liberales quedaba superada por una ideología de clase. Por encima de los distintos planteamientos políticos de unos y otros, existía una ideología común a todos ellos, que llegó a sumar incluso a las mismas facciones republicanas, incapaces de articular un sistema ideológico propio.

En definitiva, las décadas finales del XIX y principios del XX en Cádiz fueron años de esperanza y expectativas, por un lado, de desánimo y nostalgia, por otro. Dos posiciones enfrentadas ante un momento de cambio que, como ya hemos dicho, se presentaba de vital importancia para el desarrollo económico de la ciudad. Finalmente, el pesimismo terminará triunfando,

dado que la burguesía gaditana fue incapaz de reaccionar debidamente y sentar las bases para su futuro. Según José Marchena, «el alejamiento mutuo de intereses socioeconómicos y políticos entre las burguesías gaditana y jerezana —estos últimos también con parte de culpa—, que imposibilita la creación de una gran plataforma vinícola y comercial en el sur peninsular, nos parece crucial para entender la descohesión administrativa y arrinconamiento integral de Cádiz y su provincia en la baja edad contemporánea, cuya decadencia viene arrastrando hasta nuestros días» (pág. 359). En definitiva, nos encontramos ante un libro ciertamente recomendable para todos los estudiosos de la Restauración y de la historia económica de España, ya que el autor ha sabido mostrar perfectamente las interconexiones existentes entre la economía y la política en una etapa decisiva para la historia de este país. La pérdida de importancia de Cádiz durante estos años hacen este estudio aún más atractivo. Aunque en modo alguno estamos ante un libro de historia localista, como tantas veces ocurre en estos casos, sino que el autor ha sabido mantener en todo momento la atención por el contexto nacional.

Carlos LARRINAGA RODRÍGUEZ
Universidad de Deusto

G. A. PÉREZ SÁNCHEZ: *Ser trabajador: vida y respuesta obrera* (Valladolid 1875-1931). Valladolid, Universidad de Valladolid, Serie Historia y Sociedad, n.º 52, 1996, 421 pp.

Hace años José M.^a Jover Zamora escribía: «Estudiar el movimiento obrero español en el siglo XIX soslayando el previo análisis de las condiciones de vida del trabajador equivale a poner la carreta delante de los bueyes». Lamentablemente esta afirmación sigue hoy vigente: en la balanza historiográfica siguen pesando más las contribuciones sobre la historia del movimiento obrero que sobre la historia del modo de vivir de los trabajadores. El libro que pasamos a reseñar contribuye a reducir en parte ese desequilibrio, dado que la principal preocupación de su autor persigue describir y comprender las condiciones de vida y trabajo de los grupos populares, lo que Pérez Sánchez denomina *la historia de abajo a arriba*. Aunque la publicación es el resultado de su tesis de doctorado, la obra posee una extraordinaria madurez por la pertinencia del problema seleccionado, así como por su complejo y amplio tratamiento analítico.

Ser trabajador: vida y respuesta obrera nos presenta los resultados de una investigación centrada en el estudio de los niveles de vida de la clase trabajadora vallisoletana en el período de la Restauración. A pesar de estar concebido como un estudio

regional no es una monografía local más. El trabajo aludido posee un enorme atractivo porque nos sumerge en el tema poco explorado científicamente del bienestar socio-económico y porque además adopta un enfoque metodológico interdisciplinar integrando variables socio-demográficas, económicas y políticas.

El libro se articula en tres bloques. La primera parte, denominada *Planteamiento Metodológico*, se inicia con una exhaustiva revisión historiográfica a partir de la cual se realiza una reflexión crítica sobre las aportaciones científicas más relevantes, tanto españolas como europeas. La principal novedad y acierto en este bloque es la insistencia del autor por mostrar la complejidad que envuelve al concepto de nivel de vida. Considera a éste como una función que incluye muy diversos componentes: tendencia de precios y salarios, dimensión del paro y el desempleo, alimentación, indumentaria, enfermedades socioprofesionales, condiciones de habitabilidad de la vivienda obrera, previsión-seguridad social, condiciones de trabajo, escuela, niveles de alfabetización, realidad familiar y aficiones obreras. La propuesta de Pérez Sánchez representa, en nuestra opinión,

un salto cualitativo en la manera de entender y abordar este dinámico y viejo debate. El éxito radica en que el autor no sólo sugiere el modo teórico de penetrar el tema, sino que propone y genera una serie de indicadores para analizarlo de forma práctica.

En la segunda parte, Pérez Sánchez plantea una reflexión sobre el mundo de los trabajadores durante la Restauración. El lector poco familiarizado con el tema o con la época encontrará una referencia global del contexto socio-político de la España del momento. Las mejores páginas de este bloque corresponden al epígrafe titulado *La Respuesta obrera: Unas relaciones laborales en tensión*. Pérez Sánchez escribe a modo de síntesis las iniciativas más sobresalientes adoptadas en este período por la legislación española en torno a la cuestión social. Asimismo describe el juego escénico de los principales actores, el Estado de un lado, y de otro el mosaico de organizaciones obreras.

En la tercera parte del libro el autor aplica todo el marco teórico-metodológico definido al estudio de las condiciones de vida de la clase trabajadora en la capital del Pisuerga entre 1875 y 1931. Aquí es donde se aprecia el carácter ambicioso de la investigación, por la diversidad de aspectos que contempla y por el dominio con que emplea las múltiples fuentes. Pérez Sánchez recrea la vida

social, económica y cultural del Valladolid de la Restauración exponiendo la situación de numerosos factores: urbanísticos, demográficos, laborales, empresariales, etc.

De notable interés resulta el análisis sobre las principales iniciativas dinamizadoras, entre las que sobresalen el funcionamiento del Canal de Castilla, la importancia de las harineras y la creación de una gran empresa azucarera como La Sociedad Industrial Castellana. El examen más exhaustivo se realiza a propósito del impacto causado por el ferrocarril en la vida socio-económica de Valladolid.

Bajo el epígrafe *El nivel de vida y su significación social* el autor pasa a exponer los resultados locales para todos los componentes definidos en el apartado metodológico. En el terreno de la cuantificación, la elaboración de un índice del coste de la vida en Valladolid resulta innovadora. El cálculo contiene más de una veintena de precios adecuadamente ponderados e incorpora un índice sobre el valor de la vivienda. Las series salariales son menos precisas al estar referidas básicamente a la plantilla de empleados municipales, pero constituyen un apunte obligado para aproximarnos al poder adquisitivo de los trabajadores. Este ámbito se cierra con las observaciones sobre el desempleo estacional y la respuesta del Ayuntamiento mediante la contratación invernal de peones.

El análisis sobre el tipo de alimentación y la capacidad de consumo del obrero resulta atractivo pero incompleto. El autor adopta un enfoque tradicional, que pondera en exceso el trabajo del varón cabeza de familia, considerando la actividad femenina e infantil como un mero complemento. Concibiendo así el problema incurrimos en un drástico pesimismo. Olvidamos que en esta época la supervivencia y la reproducción de las generaciones pasaba por la contribución conjunta del grupo doméstico. Las variables esencialmente cualitativas, como la indumentaria, el estado de la vivienda y la previsión social, reciben en el estudio un espacio de gran entidad, ofreciendo junto con el resto de los factores una visión panorámica y completa del bienestar.

El libro contiene un elevadísimo número de notas a pie de página; creemos que hubiera resultado más favorable reducir su volumen, depurando las referencias de menor interés e incorporando otras a la redacción del texto. La edición de las

series anuales en tablas no resulta clara; consideramos importante cuidar el formato y la presentación de los datos de cara a su posterior consulta por otros investigadores. En nuestra opinión, la obra está bien concebida. El autor plantea la necesidad y conveniencia del objeto de su investigación, propone un planteamiento metodológico, justifica las variables que define y expone la utilidad de las mismas, así como sus límites, para finalmente aplicarlo en un contexto espacio-temporal, Valladolid 1875-1931. Gráficamente, el estudio traza un acertado puente de ida y vuelta que vincula lo general a lo particular, ofreciendo un saber no limitado de la historia regional. Creemos que Pérez Sánchez consigue transmitir firmes estímulos para investigar con un nuevo estilo, para *repensar los modos de hacer la Historia de los Trabajadores*.

Esmeralda BALLESTEROS DONCEL
Universidad Complutense
de Madrid

María TERESA PÉREZ PICAZO: *Historia de España del siglo XX*. Barcelona, Editorial Crítica, 1996. El libro contiene bibliografía e índices de autores, cuadros y mapas. 394 pp. Precio: 3.900 pesetas.

Recuerdo que en el congreso de didáctica de la Historia Económica de Badajoz algunos colegas hablamos de la utilidad que tendría dis-

poner de un buen manual de Historia Económica de España. Los estudiantes leerían algo más que sus apuntes. Sería fácil abordar algunas

clases mediante métodos activos —por ejemplo, debates sobre lecciones previamente estudiadas por los alumnos—. El profesor podría explicar con mayor extensión y rigor temas de su preferencia y los cuadros o gráficos del libro servirían para realizar prácticas.

También coincidimos en otras cosas. Manual puesto al día en conocimientos. Contenidos sencillos pero no simples. Lectura agradable y texto no doctrinario, porque los profesores de Historia debemos descubrir a los alumnos la complejidad de la materia, la pluralidad de las hipótesis y el interés de la controversia.

Aquella conversación terminó de modo escéptico. Los contertulios pronosticamos que ese manual tardaría en aparecer porque sería difícil que alguien acometiera la empresa de leer casi todo lo publicado en los últimos años y sintetizarlo luego de modo cabal y pedagógico.

He de reconocer con satisfacción que nos equivocamos. Existen hoy manuales que cumplen las condiciones que resaltamos en aquella tertulia y el de María Teresa Pérez Picazo añade a ellas la de ser un magnífico libro de historia social y política, lo que demuestra que la autora no es sólo una destacada especialista en Historia Económica, sino una gran lectora de Historia.

La obra comienza con una introducción en la que se adelanta la hi-

pótesis central del texto. Aunque europea, la historia de la España del siglo XX presenta características propias, entre las que destaca la ausencia de un sistema democrático hasta fechas recientes. Esta peculiaridad hunde sus raíces en el XIX, ya que el Estado liberal marginó a clases medias y trabajadoras. La conflictividad social y política de nuestra centuria respondió al deseo de estas clases por lograr una mayor representación política y una mejor distribución de la renta. El desenlace de los enfrentamientos sociales y políticos —dos dictaduras y una guerra civil— prueba que el bloque de poder formado por oligarquías, Ejército e Iglesia no aceptó cambios institucionales que armonizaran crecimiento económico y, en palabras de la autora, *modernización sociopolítica*.

El libro continúa con una parte cero titulada *España en 1900* donde se aborda el estudio de la formación social española a fines del XIX. Pérez Picazo resuelve de modo brillante el siempre complicado reto de engranar lo económico, lo social y lo político. Un primer epígrafe sobre el desfase económico del XIX, en el que destacan tanto las páginas dedicadas al tema estrella de la controversia sobre el atraso como la muy documentada síntesis sobre la agricultura. Las relaciones entre el bloque de poder y sus amigos políticos abarcan una segunda parte rica en el análisis de un sistema

parlamentario fraudulento que excluyó al movimiento obrero, al republicanismo y a los nacionalismos.

El enfrentamiento entre estas fuerzas y el bloque de poder explica los avatares de los años 1898-1939, período estudiado bajo el título de *La intensificación de la violencia*. El capítulo se inicia explicando esa violencia como resultado de cuatro factores. Primero, un crecimiento económico que, pese a ser moderado, contribuyó a la mayor urbanización del país y a la toma de conciencia de clases medias y obreras. Luego, la persistencia de grandes desigualdades, sobre todo en el campo. Después, la intransigencia del bloque de poder frente a las reformas demandadas y, por último, la influencia de ideologías europeas que calaron en la conflictiva sociedad española (anarquismo, socialismo y fascismo). A la introducción siguen tres apartados de historia económica, social y política. En el primero sobresalen las reflexiones sobre los círculos viciosos que imposibilitaron un mayor crecimiento así como las páginas dedicadas a la agricultura, de un tono optimista matizado por la autora cuando las conjuga con el estudio de la distribución de la renta. Del tercer apartado destacan la didáctica narración de los acontecimientos políticos, su relación con los problemas económicos, sociales y de coyuntura (por ejemplo, las partes sobre el «trienio bolchevique» y sobre el impacto de la crisis de los años 30) y

también el epígrafe *¿Por qué cayó la República?*

Franquismo y transición a la democracia ocupan las siguientes páginas del libro. La naturaleza del Régimen, sus bases sociales, la personalidad del dictador, la represión, las penosas condiciones de vida fruto de la Autarquía y los conflictos en el seno de los vencedores son aspectos bien abordados en el estudio del primer franquismo. El hilo conductor de los apartados sobre la segunda etapa del Régimen y la Transición es acertado: la reanudación del proceso de crecimiento económico interrumpido por la guerra y por la Autarquía provocó mutaciones sociales, políticas y culturales que explican tanto la crisis de la dictadura como la instauración de la democracia —a propósito de esos cambios, resultan especialmente interesantes las páginas tituladas *La Vieja y la Nueva España*—. Un mérito añadido del libro es que contiene un breve pero enjundioso estudio de la etapa socialista hasta 1995.

La Historia de España del siglo XX se convertirá en un manual clásico en carreras como Historia, Economía, Sociología y Políticas porque posee virtudes sobre las que merece la pena insistir. La obra está contruida sobre una bibliografía reciente y exhaustiva. Sus contenidos son los que debe conocer un estudiante de primer ciclo y el texto no cansa. Pérez Picazo conjuga meritoriamente

te causas «duras» y «blandas» en la explicación de nuestro pasado económico. Las partes de Historia Social y Política se alejan de ensayismos de moda y el libro no es doctrinario, ya que la autora rinde cuenta de las distintas hipótesis cuando aborda temas polémicos. Por otro

lado, un manual donde los estudiantes aprendan Historia e Historia Económica es especialmente recomendable en las facultades de Económicas y Empresariales.

Antonio ESCUDERO
Universidad de Alicante

Virginia GARCÍA ACOSTA (coordinadora): *Los precios de alimentos y manufacturas novohispanos*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995, 299 pp. Gráficos, cuadros y bibliografía.

La publicación coordinada por Virginia García Acosta ha de ser considerada no sólo como un esfuerzo por reactualizar el interés por el análisis de un aspecto olvidado de la economía novohispana, la historia de los precios, sino también como un trabajo en el que se incluyen los elementos básicos que caracterizaron las investigaciones que sobre el aspecto mencionado se realizaron años atrás y los que definen a las pocas que en la actualidad se están desarrollando.

Los nueve trabajos editados se presentan formando parte de cuatro apartados básicos. En el primero de ellos se incluyen tres ensayos en los que se abordan diferentes aspectos relacionados tanto con la metodología a aplicar como con las fuentes susceptibles de ser utilizadas a la hora de realizar un análisis de este

tipo en el contexto histórico novohispano. Dos de ellos lo hacen refiriéndose a aspectos probablemente demasiado puntuales. Así, Jean-Claude Hocquet intenta demostrar, en algunos momentos de manera bastante tediosa y enrevesada, la importancia que tienen para este tipo de estudio los problemas asociados a la gran diversidad de unidades de medida a través del análisis de la definición y equivalencias existentes entre *carga*, *fanega* y *arroba*. Josefina Muriel y Teresa Lozano, por su parte, nos presentan una muestra de las posibilidades aparejables a los contenidos de los archivos de una institución de carácter privado, en este caso el Archivo Histórico del Real Colegio de San Ignacio (conocido como Archivo de las Vizcaínas). Por último, el capítulo firmado por Woodrow Borah destaca por ser es-

pecialmente útil para quien se introduzca por primera vez en este ámbito de trabajo. En él se incluye, por una parte, un repaso claro y conciso de los más relevantes ensayos que han tratado la problemática de los precios en los mercados novohispanos y, por otra, una revisión de la documentación existente en los principales archivos mexicanos y el uso que de la información contenida en dichas fuentes se ha realizado por los investigadores, principalmente en los casos de los estudios realizados en el contexto histórico del primer período colonial.

En la segunda parte del libro aparecen agrupados otros tres trabajos que tienen como elemento común el análisis de los precios de algunos productos alimenticios en los contextos local y temporal antes mencionados. Horacio Crespo nos introduce en las tendencias seculares y el comportamiento cíclico de los precios del azúcar desde los últimos años de la primera mitad del siglo XVI hasta finales del primer tercio de la presente centuria. Independientemente del desequilibrio provocado por el escaso interés que muestra a la hora de interpretar los ciclos definidos en contraste con el espacio dedicado al estudio de las tendencias, su trabajo destaca por encima de todos los demás.

Lydia Espinosa Morales, por su parte, realiza un estudio sobre las tendencias de los precios del maíz y

el trigo en el Bajío oriental entre 1665 y 1768 basándose en una de las fuentes documentales cuya validez ha suscitado mayor controversia entre los investigadores: las contabilidades decimales. Según la mencionada investigadora, las coincidencias existentes entre sus cálculos y los que realizó Enrique Florescano para los precios del maíz en la capital del virreinato permiten reafirmar con ciertas matizaciones la hipótesis elaborada por el mencionado investigador sobre el movimiento de los precios de dichos productos en los mercados coloniales.

Por último, Virginia García Acosta realiza una comparación entre los precios del trigo y el maíz en los últimos momentos del período colonial en la capital del virreinato. Los resultados de su trabajo se plasman fundamentalmente en la delimitación de dos períodos cronológicos definidos a partir de los comportamientos de los precios de dichos productos. Aunque su análisis pierde atractivo por el hecho de que no incluye argumentación que ayude a comprender la definición de los mencionados períodos (ella misma afirma que no es su propósito), es sin embargo evidente que la introducción de información sobre la evolución de los precios de los mencionados bienes en otros mercados novohispanos hace que su lectura adquiera un mayor grado de interés.

La tercera parte de este volumen la componen dos ensayos en los que el interés se centra en el estudio del mercado de textiles del virreinato. Uno de ellos, el que firma José Ignacio Urquiola Permisán, desde la perspectiva de la producción de géneros de lana. Mientras que el otro, elaborado por Carmen Yuste, fija su atención en los precios de los productos importados de Asia. Básicamente Urquiola afirma que la progresiva importancia adquirida por los *obrajes* en el sector productivo novohispano como respuesta a las necesidades surgidas en el propio espacio colonial se consolidaría a partir del trabajo realizado por mano de obra asalariada, a diferencia de lo que hasta ahora se había venido afirmando, y sobre la base de la existencia de ventajas comparativas para conseguir otros recursos necesarios para la producción. Yuste, por su parte, propone un seguimiento de los precios de los textiles asiáticos a lo largo de su vía de penetración en los mercados novohispanos (Mani-

la, Acapulco y México). Sin embargo, según la propia autora, la escasa información existente sobre las tres plazas a las que nos hemos referido en los mismos años condiciona los resultados de su esfuerzo, siendo que éstos finalmente se limitan a la cuantificación del incremento de los precios detectado en su movilización por los mayoristas de la capital hacia otros mercados del virreinato.

Por último y como único ensayo de la última parte de la publicación («comercio y precios») encontramos el trabajo firmado conjuntamente por Valentina Garza, Elisa Villalpando y Juan Manuel Pérez. En él tan sólo se aportan referencias, a partir de fuentes documentales de naturaleza notarial, a los precios de algunas mercaderías en la capital del virreinato a lo largo del último tercio del siglo XVI (cacao, vino, esclavos, textiles, bestias mulares y caballares) seleccionadas en función de la disponibilidad de información en las citadas fuentes.

Juan Carlos SOLA CORBACHO

Roberto CORTÉS CONDE: *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*. Editorial Sudamericana, Universidad de San Andrés, 1997.

¿Por qué un país como Argentina, destinado a ser en teoría uno de los más importantes del mundo, no lo llegó a conseguir? Cortés Conde pretende dar respuesta a ello a tra-

vés de este libro, en el cual se observa una tarea de investigación profunda y seria, donde el aporte de datos, tanto a través de la recopilación como de su reconstrucción, es im-

presionante. Merece la pena resaltar además el excelente balance historiográfico e interpretativo.

Se compone de una introducción, siete capítulos, un apéndice estadístico junto con una sección donde señala las fuentes utilizadas y un buen apartado bibliográfico.

El punto de arranque de este libro, enmarcado dentro del primer capítulo, se centra en el análisis de las tendencias de crecimiento de la economía argentina. Éste es realizado a través de la ya famosa serie del PIB argentino que él mismo reconstruyó y que abarca el período 1875-1935. A partir de ahí ha sido enlazada hasta llegar a 1989 con datos oficiales procedentes del Banco Central.

Lo primero que cabe resaltar del análisis es que el período analizado se caracteriza por marcadas rupturas en la tendencia; a períodos de auge le siguen períodos de depresión, y no se trata por tanto de simples fluctuaciones alrededor de una misma tendencia. El autor sostiene que las causas que provocan estas rupturas son distintas; unas veces son debidas a factores exógenos, dada la gran vinculación de la economía argentina respecto al exterior; en otras ocasiones son originadas por las políticas internas aplicadas, muchas veces de forma incorrecta, para poder paliar esos shocks externos. Tanto unas como otras se describen pormenorizadamente en este capítulo.

El capítulo II nos muestra cómo influyeron en el desarrollo del país los desplazamientos de frontera, los cuales se consolidaron a través de la última Campaña del Desierto (1880) y la formación del Estado Nacional. Ofrece una explicación a la existencia de grandiosas explotaciones mixtas agrícola-ganaderas y, por otra parte, justifica por qué se pagó arrendamiento en un momento en el cual, en términos relativos, la tierra era abundante y el trabajo escaso.

En el capítulo III se relatan los problemas de financiación que surgieron tras la independencia en 1810, con la formación del Estado Nacional en un territorio de enormes dimensiones. Dicho proceso fue traumático, largo (1810-1880), y supuso cuantiosos gastos, la mayoría de los cuales eran gastos de guerra. Sin embargo, en lado de los ingresos la situación no se presentaba nada halagüeña, una vez perdido el control sobre la Caja de Potosí. En este apartado se analizan con detenimiento las tres administraciones que se formaron durante el período que va de 1862 a 1880.

Además, el lento proceso en el desarrollo de las instituciones bancarias favoreció la situación. En el capítulo IV el autor se pregunta el porqué de esta evolución y el impacto que ella tuvo en términos de crecimiento económico durante el siglo XIX. Dada la escasez de plata y la necesidad creciente de recursos,

se pensó en la creación de instituciones que resolvieran el problema. Surgieron así los bancos de emisión, imitando las nuevas tendencias financieras de Gran Bretaña y EE.UU. Pero se observa cómo esa novedad en Argentina no funcionó, ya que estos bancos se utilizaron, casi exclusivamente, para conceder recursos al gobierno a través de la creación de dinero. Cuando la oferta del mismo era mayor a la demanda se producían períodos de inflación. Ello originaba atesoramiento y salida de ahorros de los circuitos institucionales, con las negativas consecuencias que eso acarrea sobre la inversión y el crecimiento.

En el capítulo V se describe la evolución de la deuda externa nacional desde 1860 hasta 1913. Analiza la repercusión que ésta tuvo en los ingresos fiscales y en la balanza de pagos. Hace hincapié en que los pagos que debieron realizarse por la crisis de 1890 no fueron tan elevados como se ha sostenido hasta ahora. Recalca que al final la deuda pudo pagarse pero no a causa de la recuperación de los precios de las exportaciones sino gracias, en un principio, al incremento de la presión impositiva y a la reducción de gastos, y después, al aumento del volumen exportado.

Especial atención merece el capítulo VI, donde el autor revisa y pone en evidencia las opiniones y trabajos de autores —Williams y

Ford— que muestran la dificultad que un país exportador de productos primarios tiene para mantenerse dentro de un sistema de tipo de cambio fijo. Afirma que existen muchos errores empíricos en estos trabajos y duda de la fiabilidad de los datos en los que se sustentan. Basándose en sus propias aportaciones estadísticas, concluye diciendo que las salidas del sistema en 1876 y 1885, si bien evitaron una fuerte contracción monetaria, tuvieron efectos perjudiciales sobre la economía, ya que minaron la confianza, afectaron a las tasas de interés y al flujo de capitales. Según Cortés Conde, el problema para Argentina no era el tener que ajustarse a las reglas fijas marcadas por esta política, sino el uso discrecional que de ella se hizo, a través de una excesiva creación de dinero.

El último capítulo lo destina a analizar la evolución de la industrialización argentina desde fines del siglo XIX hasta los años treinta. Desde un principio, la falta de minerales y combustibles y la distancia de los mercados —tanto abastecedores como compradores— fueron los rasgos permanentes que impedían la competitividad del sistema productivo. Si a ello añadimos los elevados costes laborales y la reducida dimensión de su mercado interno (aunque en expansión, fragmentado), se puede entender perfectamente su precaria evolución posterior.

Lo único que me ha extrañado a lo largo de la lectura del libro es no ver una relación de correlación más profunda entre el análisis de las tasas de crecimiento del PIB y las de los distintos sectores productivos. Tal vez por eso, en alguna ocasión se pierde el hilo conductor. Además se echa en falta un apartado o un apéndice breve que aporte el análisis econométrico llevado a cabo en el es-

tudio de las tendencias de crecimiento del capítulo I. No obstante, reconozco que es un libro muy esclarecedor y que ha sido todo un reto resumir en 250 páginas muchos años de investigación y la historia económica de un país tan atípico como Argentina.

Isabel SANZ VILLARROYA
Universidad Carlos III de Madrid

Philip HOFFMAN: *Growth in a Traditional Society. The French Countryside, 1450-1815*. Princeton, Princeton University Press, 1996, 361 pp. Contiene bibliografía y un índice general. Precio: 55 \$USA.

En este libro, de título sólo aparentemente paradójico, Hoffman pone en cuestión algunos de los factores interpretativos del inmovilismo de la agricultura francesa del Antiguo Régimen, en concreto, de cómo las rigideces de las mentalidades y de las estructuras sociales no habrían permitido un crecimiento sostenido. Autores tan distintos como Bloch, Goubert, Le Roy Ladurie, Labrousse o Brenner estarían de acuerdo en que el campesinado fue el principal obstáculo al crecimiento. Su aversión al riesgo explicaría su tendencia a la producción para la subsistencia, su hostilidad al mercado y a la innovación, su preferencia por instituciones ineficientes tales como el aprovechamiento comunal de tierras, el sistema de

campos abiertos y su resistencia a los cercamientos.

Se trata por tanto de un libro polémico y ambicioso, y que retoma algunos de los importantes trabajos que Hoffman, un buen conocedor del mundo agrario francés de la Edad Moderna, ha ido publicando en los últimos quince años sobre aparcería, sistema fiscal o cercamientos. En síntesis, el autor rechaza la idea de que las sociedades tradicionales no pueden ser estudiadas utilizando el análisis económico y debido tanto a una mala comprensión del funcionamiento de la economía tradicional como de un pésimo conocimiento de las nuevas aportaciones de los últimos cincuenta años al análisis económico (que ya ha dejado de estudiar solamente

los mercados perfectos), como puede verse en recientes trabajos sobre reputación o relaciones de parentesco. Desde estos presupuestos, Hoffman trata de contestar las clásicas preguntas sobre el atraso de la agricultura francesa, pero también cuáles eran los obstáculos a los que se enfrentaba el campesinado: si éstos se debían a su organización social, a la cultura campesina, sus derechos de propiedad comunal o al tamaño de sus parcelas. O si los obstáculos residían en otro lado, en la política, el sistema fiscal o las escasas oportunidades comerciales, que son las razones por las que se inclina el autor.

Tras un primer capítulo introductorio, en el segundo analiza desde una perspectiva a caballo entre la antropología y la economía, el funcionamiento de la comunidad campesina, uno de los obstáculos principales, de acuerdo con la interpretación clásica, a los cercamientos y otras transformaciones de las estructuras agrarias que eran imprescindibles para el cambio agrario. El autor muestra, a través del estudio de los campesinos de Varade y de las vicisitudes del señor de La Galaizière por concentrar las tierras de una comunidad campesina a mediados del siglo XVIII, que los obstáculos tenían más que ver con problemas de acción colectiva y el comportamiento estratégico de algunos grandes propietarios que tenían mucho

que ganar con la oposición al mismo.

En el tercer capítulo analiza la articulación de una economía local haciendo especial hincapié en el funcionamiento de los mercados de trabajo, renta y crédito en una sociedad tradicional, uno de sus aspectos, ciertamente, peor estudiado. Gran parte del mismo se centra en el funcionamiento del mercado de trabajo a través del análisis de las restricciones a las que se enfrentaban los grandes propietarios rurales en la gestión de sus explotaciones. El autor pone de relieve que fueron los problemas de supervisión de unos trabajadores con más movilidad de la que se suponía lo que explica los rasgos particulares del mercado de trabajo. Si bien este fenómeno parece chocar con el hecho de que la lealtad y la reciprocidad presida idealmente las relaciones entre amo y criado en la Edad Moderna negando la existencia de un verdadero mercado de trabajo. Para el autor no hay tal contradicción: el ideal de fidelidad (o dicho de otra manera, las relaciones de larga duración) favorece la cooperación y resuelve el problema de la desconfianza mutua, por lo que debería entenderse simplemente como una institución que reduce los costes de transacción en un mercado de trabajo imperfecto.

Del mismo modo, el autor aborda un tema que ya había tratado en artículos anteriores, el de la ex-

traordinaria y rápida difusión de la aparcería en la Francia de los siglos XVI y XVII y que atribuye a problemas de incentivos, información imperfecta y costes de supervisión, en la línea de la moderna teoría de la elección de contratos, pero también a un sistema fiscal que estimula el absentismo y la concentración de la propiedad en manos de los privilegiados. Hoffman también cuestiona que el «hambre de tierras» de los pequeños campesinos o el «poder de mercado» de los grandes arrendatarios expliquen el gran diferencial de renta pagado por los pequeños arrendatarios con relación a los grandes colonos, prefiriendo interpretarlo como una prima al riesgo que pagarían los pequeños colonos debido a problemas de insolvencia.

En el capítulo cuatro revisa la tesis del estancamiento agrícola en la Francia del Antiguo Régimen. Dados los problemas metodológicos reales en la búsqueda de fuentes para la estimación del producto agrario, se inclina por el cálculo de la productividad total de los factores (para el que sí dispone de indicadores más consistentes y partiendo del hecho de que sí existen mercados de factores en este período), siguiendo el ejemplo de McCloskey y R. Allen. Utiliza para ello las series de 40 propiedades pertenecientes al capítulo de la catedral de Nôtre-Dame entre 1550 y 1789, que combina con abundantes series de pre-

cios y salarios. Los resultados muestran que se alternaron períodos de fuerte crecimiento, de hasta 0,3-0,4 % anual (y superior por tanto a las tasas inglesas), en el siglo XVI o entre 1750 y 1789, con importantes caídas o largos períodos de estancamiento. Además, no todas las regiones francesas habrían crecido con la misma intensidad. En el capítulo cinco desarrolla las causas de este desigual resultado. Entre los factores favorables al crecimiento de la productividad total de los factores se incluirían el comercio o la demanda urbana (a través de la especialización o cambio de cultivo), pero no, sin embargo, las economías de escala, descartando, por tanto, la importancia de la concentración de las explotaciones para el crecimiento. Entre los factores negativos, excluidos los factores mentales, Hoffman insiste en que fueron factores exógenos, tales como las guerras o la arbitrariedad del sistema fiscal, los que tuvieron mayor incidencia en el estancamiento agrario. A partir de estas premisas no es extraño que la revolución francesa ofrezca un saldo negativo para la agricultura, tal como se cuenta en el último capítulo, dado que las pequeñas ventajas que aportó el cambio institucional fueron más que compensadas por las destrucciones de redes comerciales o requisiciones que acompañaron los veinticinco años del período revolucionario.

Este libro, que podría parecer a algunos lectores demasiado técnico o economicista, aboga, sin embargo, por una mejor interrelación de la antropología, la sociología y la economía, aunque ello exija una profunda renovación de preguntas y método, tal como demuestra el interés de su propio estudio. Finalmente, añadiría que otra virtud del tra-

bajo que agradecerá, sin duda, a muchos historiadores es que es posible combinar la buena teoría económica con la utilización de abundantes fuentes archivísticas, como en este caso, lo que no deja de ser bastante infrecuente.

Juan CARMONA
Universidad Carlos III

Michael HUBERMAN: *Escape from the Market. Negotiating work in Lancashire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Incluye bibliografía e índice temático y onomástico. Precio: 35 libras esterlinas.

Durante los últimos años, la historia económica del mercado de trabajo se ha enriquecido y renovado profundamente gracias a las aportaciones sobresalientes de algunos historiadores que han sabido introducir en la disciplina los más recientes avances de la teoría económica. Dentro de esta nueva hornada historiográfica, Michael Huberman destaca por su original planteamiento, que combina un profundo conocimiento de las fuentes con un uso inteligente e innovador de la nueva economía institucional. Precisamente, la habilidad del autor para combinar historia y teoría económica hace que el interés de esta monografía exceda largamente su marco espacial y temporal y se convierta en una obra de

necesaria consulta para cualquier historiador interesado en los mercados de trabajo.

El objetivo de esta obra es explicar el proceso de configuración de un mercado de trabajo regulado, por tanto que no respondía directamente a las leyes de la oferta y de la demanda, en la hilatura del algodón del Lancashire durante la primera mitad del siglo XIX, o sea durante la fase decisiva de la Revolución Industrial. El libro se encuentra dividido en tres partes principales: en la primera se examinan las consecuencias que tuvo en el marco laboral la transición desde la producción a domicilio diseminada en la campiña a la factoría; en la segunda se analizan desde un punto de vista teórico los costes y los beneficios de la remu-

neración del trabajo por pieza; finalmente, en la tercera se discuten las razones que condujeron al establecimiento de una serie de reglas que determinaban las relaciones entre empresarios y trabajadores.

Hasta la aparición de los diversos artículos de Huberman, existían dos grandes interpretaciones del funcionamiento del mercado de trabajo en el Lancashire. Así, sucesivas generaciones de economistas e historiadores económicos, como R. Solow o J. G. Williamson, coincidían en afirmar que era el prototipo de mercado de trabajo perfecto puesto que los trabajadores obtenían el salario «de equilibrio». Por el contrario, famosos historiadores sociales, como E. Hobsbawm o P. Joyce, destacaban la explotación de la fuerza de trabajo consecuencia de la falta de adaptación de la clase trabajadora a la nueva situación económica provocada por el desarrollo del capitalismo.

Para este historiador, en cambio, el mercado de trabajo evolucionó desde el imperio de la competición, donde los salarios se ajustaban rápidamente a los cambios de las curvas de oferta y demanda, al dictado de las instituciones, donde las decisiones económicas eran moldeadas por estructuras previamente establecidas. La evolución no fue fruto de una reforma institucional promovida por las autoridades políticas, sino que

fue consecuencia de un pacto entre empresarios y trabajadores. Resultado de este pacto fue la formación de un mercado de trabajo dual. Los obreros especializados del sistema regulado gozaban de salarios «justos» (codificados a nivel regional), permanecían durante muchos años en la misma fábrica (una media de siete años, tal como sucede en muchos países contemporáneos), no eran despedidos durante los períodos de crisis (pese a que éstos eran bastante habituales), y con la madurez veían crecer sus remuneraciones (a pesar de que con el decrecer de su fuerza física eran cada vez menos productivos). Por el contrario, los trabajadores sin especializar que se encontraban fuera del marco del sistema regulado sufrían los avatares de las leyes del mercado.

¿Qué provocó el nacimiento de este mercado de trabajo institucionalizado? Según Huberman, no era una cuestión de paternalismo por parte de los industriales textiles, sino el resultado de un fallo del mercado. Debido a la aparición de nuevas tecnologías, los empresarios se encontraban incapacitados para medir la máxima productividad de los trabajadores y, por tanto, no podían ajustar los salarios al esfuerzo individual. En esta situación, el contrato de trabajo era muy conveniente para las dos partes: el empresario se aseguraba unos niveles estables de produc-

tividad por parte del trabajador, mientras que el obrero se protegía contra el desempleo provocado por las crisis y la falta de un sistema social de soporte durante la vejez y la enfermedad.

El principal problema de la argumentación de Huberman es que su evidencia (como él mismo reconoce en la página 87) puede ser perfectamente interpretada con los conocidos modelos de capital humano. Precisamente, estos modelos «predicen» que los trabajadores que han invertido previamente en formación específica son raramente despedidos, permanecen muchos años en la misma empresa y ven crecer sus salarios con la edad. Además, H. M. Boot («How skilled were Lancashire cotton factory workers in 1833?», *Economic History Review*, 2nd. series, 1995, XLVIII, 2, pp. 283-303) ha demostrado recientemente que la evolución del salario de los trabajadores de la industria algodonera a través de su vida laboral era resultado de la inversión en capital humano que habían hecho durante la infancia y la adolescencia. En este período de su vida, los futuros trabajadores especializados sacrificaban ingresos porque los salarios infantiles de las factorías algodoneras eran menores que aquellos que se recibían en otras ocupaciones a cambio de obtener una formación práctica sobre el funcionamiento de la maquinaria.

Gracias a esta inversión, al llegar a la vida adulta podían acceder a los puestos especializados de las fábricas, donde los salarios excedían en hasta un 75 por ciento el salario de los obreros no especializados.

Sin embargo, las visiones de Huberman y Boot no son completamente excluyentes sino, por el contrario, complementarias. Los trabajadores pueden recibir incentivos para incrementar su esfuerzo aunque su habilidad dependa en última instancia de sus pasadas inversiones en capital humano. En otras palabras, las diferencias salariales entre trabajadores de la misma industria dependen de dos factores: las habilidades previamente adquiridas y la intensidad en el trabajo.

Sea por una u otra razón, o por las dos, lo cierto es que Huberman demuestra en su libro que el mercado de trabajo durante la primera industrialización era bastante sofisticado. Ciertamente no era idéntico al actual, por ejemplo no existían mercados internos de trabajo, pero los parecidos son importantes puesto que existían barreras de entrada a los puestos de trabajo y sistemas internos de promoción. Asimismo, el salario individual era una cuestión de múltiples circunstancias (experiencia, esfuerzo individual, oportunidades laborales, tamaño de la empresa) y no sólo de la cantidad de trabajadores en el

mercado. Por tanto, la fuerza de trabajo no estaba formada por un inmenso ejército de reserva que podía ser utilizado por los capitalistas con salarios de mera subsistencia, sino por obreros especializados, a menudo difíciles y costosos

de reemplazar, que disponían de un amplio poder de negociación.

Joan R. ROSÉS
Departamento de Historia
y Civilización. Instituto
Universitario Europeo, Florencia

Jean-Michel SELIG: *Malnutrition & développement économique dans l'Alsace du XIX siècle*. Strasbourg, Études Alsaciennes & Rhénanes, Presses Universitaires de Strasbourg, 1996, 864 pp. Contiene apéndices e índice de materias. Precio: 198 F (5.225 pesetas).

Este libro es el resultado de un trabajo que comienza a diseñarse en 1983 como memoria de *maîtrise* y acaba en 1994 como tesis de Doctorado en Historia, bajo la dirección de Michel Hau, hoy responsable del Instituto de Historia Económica y Social de la Universidad de Estrasburgo II. Centrado en el análisis de la malnutrición desde el punto de vista médico en la Alsacia de los dos primeros tercios del siglo XIX, el libro pretende contribuir al estudio de los niveles de vida durante los inicios de la industrialización. Aporta numerosa documentación sobre la historia económica y social de la región, con la finalidad de explicar los condicionantes y la importancia de determinadas enfermedades desde la época de la Restauración hasta el Segundo Imperio.

Las fuentes principales del análisis proceden, sin embargo, de los

datos de reclutamiento militar. Los registros militares franceses se remontan a comienzos del Imperio y se encuentran localizados en todos los cantones. La riqueza de las fuentes se puso de manifiesto con los trabajos de Emmanuel Le Roy-Ladurie al comienzo de los años 1970. En su obra *Anthropologia du conscrit français* (1972), en colaboración con J. P. Aron y P. Dumont, se señalaba la prevalencia de ciertas enfermedades y la existencia de notables diferencias de talla. Los datos revelaban las dispares condiciones nutricionales de los reclutas franceses. Trabajos posteriores, como el realizado por Alain Corbin sobre Limousin, han venido señalando la utilidad de los registros militares franceses para el estudio de las condiciones sanitarias y la evolución de los niveles de vida.

La estabilidad del sistema de reclutamiento entre 1830 y 1870 le permite al autor establecer los cambios en el estado fisiopatológico de los reclutas por grupos de edad. Los datos son precisos y de gran fiabilidad. En total, el número de casos muestreados es de 53.053 reclutas repartidos entre los trece cantones del distrito administrativo de Colmar en dicho período. Seleccionados tras un riguroso sorteo, los individuos son clasificados en función de su domicilio, profesión y estado de salud. Los informes realizados por los médicos militares de la época le permiten diagnosticar el estado de malnutrición (bocio, raquitismo, caries, debilidad congénita, etc.). Hasta es posible realizar cartografías de distribución de la malnutrición entre comunas, y conocer localmente la evolución de la composición de la población activa y estudiar la jerarquía de los niveles de vida entre las categorías socioprofesionales.

La zona estudiada de Colmar está situada en el mismo corazón de la Alsacia. Se caracteriza por una alta densidad demográfica, con una media muy superior a la francesa, y una industrialización precoz. Por la irregularidad de sus tierras y del clima, presenta tres grandes tipos de paisajes agrarios bien caracterizados: la planicie, el viñedo y los valles. Estos tres tipos se corresponden con un sistema económico particular. Así, en la planicie de la Alsacia pre-

domina una población campesina donde los cereales constituyen la principal fuente de recursos. Al oeste, en las colinas, los viñedos dominan gran parte de la actividad socio-profesional, y más al oeste, en los valles, se configura una región montañosa donde predomina la población más pobre. La industrialización arraiga precisamente en esta zona y en la del viñedo. El desarrollo de las manufacturas está en función de la proximidad de las fuentes energéticas —agua, madera— y la presencia de abundante mano de obra disponible. Las diferencias geográficas y socioeconómicas constituirán un factor importante de desigualdad en los niveles nutricionales.

En efecto, se encuentran grandes diferencias en los patrones alimentarios de las zonas señaladas. Las carencias nutricionales aumentan en las zonas de montaña y disminuyen en las planicies. Aunque gran parte de los reclutas distribuidos por las tres zonas analizadas presentan signos de malnutrición, los datos revelan que en la zona de montaña la mayoría de los habitantes sufrieron de hambre durante la primera mitad del siglo XIX. Las tierras más fértiles de las llanuras alsacianas permitieron unas condiciones alimentarias y de salud ligeramente más favorables. También se advierte en las planicies una evolución del nivel de vida más rápida que en las montañas y en las zonas de viñedo.

En general, se confirma la importancia de la carencia de yodo en los cuerpos de esta región. Se ha demostrado la función que este mineral desempeña en el organismo y cómo su falta es el origen del bocio, enfermedad que aumenta desmesuradamente el tamaño del cuello por la tiroides. El contenido en yodo de los alimentos depende de la cantidad que de esta sustancia haya en los suelos agrícolas, y todo indica que la mayoría de los alimentos eran pobres en dicho elemento. Abundante documentación sobre la situación de malnutrición que encuentra arraigo, no obstante, en las tres zonas dibujadas se nos presenta a lo largo del trabajo, y en especial entre la segunda y la séptima parte del libro. Éste consta de ocho grandes partes, desmenuzadas cada una de ellas en breves capítulos.

El estudio se consagra, en buena parte, a explorar el impacto de la actividad económica y de las condiciones geográficas en los niveles de vida. Para verificar las diferencias nutricionales y de nivel de vida se lleva a cabo un detenido estudio en las zonas urbanas y obreras que se contrasta con las zonas rurales. La villa de Colmar, por un lado, y las zonas industriales de Guebwiller, de otro, constituyen el laboratorio de análisis de las primeras. La heterogeneidad de la situación social y económica se manifiesta, de manera rotunda, en esta parte de la Alsacia.

Precisamente, esta región conoce dos grandes procesos económicos de hondas repercusiones sociales: las denominadas revoluciones agrícola e industrial. La primera se lleva a cabo durante el siglo XVIII por la expansión de nuevos cultivos, como la patata y el maíz, y una fuerte especialización del viñedo. Gracias a ello, la región experimenta un notorio crecimiento demográfico que le permite disponer de una alta densidad poblacional en la primera mitad del siglo XIX. La industrialización encuentra acogida en este marco y se desarrolla liderada por la industria textil, nutriéndose de campesinos pobres que se desplazan desde ámbitos rurales cercanos hacia los centros fabriles consolidados.

El papel del crecimiento demográfico se revela como elemento determinante de la malnutrición. Aquél debió propiciar una situación de «alta presión» que tuvo repercusiones en las explotaciones agrarias y, consecuentemente, en los niveles de vida. Aunque esta cuestión está insuficientemente desarrollada en el libro, el autor otorga a los indicadores demográficos un papel explicativo en la evolución del nivel de vida. La superpoblación rural se configura como variable responsable de los problemas de malnutrición creados en el segundo tercio del siglo XIX. Sin embargo, no siempre la presión demográfica constituye un freno a la mejora de los niveles de vida. De

hecho, algunas zonas densamente pobladas de la llanura no conocen los problemas de malnutrición observados en áreas de menor densidad demográfica y se configuran como las más favorables desde el punto de vista del bienestar. Por otro lado, el fuerte crecimiento demográfico protagonizado en las villas industriales de Guebwiller tampoco estuvo reñido con la mejora del nivel de vida por encima del observado en las zonas rurales.

La importancia de otras variables socioeconómicas es puesta de manifiesto por el autor para explicar diferentes comportamientos en la evolución del nivel de vida. Así, la calidad y la disponibilidad de las tierras cultivables, el cambio técnico y los progresos agrícolas, las estructuras de la propiedad y del hábitat, la importancia y modalidad del artesanado, la proximidad a los centros urbanos e industriales, la existencia de vías de comunicación, son otros de los factores que explicarían la mejora general de la coyuntura económica y del bienestar de la población. Especial atención le otorga el autor a la presencia de las crisis alimentarias de 1823 y, sobre todo, de 1847, que ocasionaron serios problemas nutricionales y que afectaron tanto a los jornaleros como a las familias de agricultores, viticultores y artesanos. La precariedad de las condiciones alimentarias y la situación de malnutrición crónica expli-

can la dureza de las crisis agrícolas hasta mediados del siglo XIX, si bien se distinguen de las crisis del siglo XVIII por su menor intensidad letal. Este hecho se pone en relación con la difusión de los nuevos cultivos. La patata, por ejemplo, constituía un cultivo bien arraigado en la estructura agraria de los cantones alsacianos y amortiguó el embate de las crisis cerealícolas señaladas.

Los progresos en el nivel de vida se aprecian a partir del Segundo Imperio. Dos claros síntomas les preceden. Por un lado, se observa la disminución de la enfermedad endémica del bocio en los inicios de la década de 1840, que se constata un poco por todas partes y de manera simultánea tanto en la montaña como en la planicie. La carencia de yodo había constituido un problema bastante serio de malnutrición. La desaparición casi del bocio y del cretinismo sugiere la mejora del consumo alimenticio y, probablemente, el aumento del consumo de proteínas de pescado, precedida, a su vez, por mejoras en los medios de transporte y comercio. Por otro lado, la ruptura del aislamiento en los valles no sólo supuso el enriquecimiento de la dieta a medio plazo, sino la posibilidad de experimentar una mayor actividad económica, aunque se tradujera en débiles procesos de industrialización. La diversificación de las actividades productivas observada a través de la estructura socio-

profesional de los quintos y el notable aumento de la proporción de profesiones de alta cualificación revela los progresos económicos de los cantones franceses.

La solidez de la investigación empírica contrasta, sin embargo, con la falta de análisis comparativos. Este es el principal defecto del libro. Los estudios locales o, mejor dicho, la historia regional que aquí se plantea como unidad de análisis, tendría mayor interés si se enmarcaba en un contexto general, ya europeo o de otros países de similar desarrollo económico. Es una pena que el autor no tuviera en cuenta la enorme cantidad de estudios antropométricos que han acompañado a la historia económica y social de los últimos quince años. No hay referencias a ellos en las más de 800 páginas del libro, salvo los de Le Roy Ladurie y de algunos pocos autores franceses más. De haberlos tenido en cuenta, el trabajo se hubiera enriquecido. Tampoco las referencias a otros indicadores del nivel de vida, como salarios reales, consumo, vivienda, o de trabajos que abordan tales problemáticas, son muy abundantes.

El autor se plantea la relación que existe entre la malnutrición y el contexto socioeconómico. Por ello, las referencias al mercado de trabajo, a las actividades agrarias e industriales, a los tipos de cultivo son exhaustivas. Sin embargo, se

echan en falta cuestiones claves sobre los modelos de consumo. Éstas se infieren del cuadro conseguido tras las revisiones médicas durante el reclutamiento. Finalmente, el autor podría haber comparado los resultados con las enfermedades asociadas a la malnutrición mediante alguna cata en las parroquias de los cantones observados, aunque los costes de esta operación podrían ser elevados. Pero, desde luego, el libro hubiera ganado incorporando algunas conclusiones interesantes sobre la evolución de la mortalidad y la morbilidad que han arrojado recientes trabajos de demografía histórica para el siglo XIX.

Se trata, pues, de un estudio básicamente empírico, con abundante documentación, elaborada minuciosamente, de la que pueden extraerse conclusiones interesantes, pero adolece de una perspectiva comparada y de reflexión. Esto le convierte en un libro excesivamente «localista», aunque mantiene interés para los especialistas en historia social de la medicina y en niveles de vida. Estamos ante un libro cuyo contenido, además, podría haberse escrito en muchas menos páginas, lo que podría haberle dado mayor agilidad y atractivo al potencial lector.

José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN
Universidad de Murcia

R. M. HARTWELL: *A History of the Mont Pelerin Society*. Indianápolis, Liberty Fund, 1995, 250 pp. Índice de nombres y materias.

A comienzos de abril de 1947 un grupo de liberales se reunió en el Hotel du Parc en Mont Pelerin sur Vevey, en Suiza, convocados por F. A. Hayek con objeto de reflexionar, alarmados, ante la decadencia de su ideología. Hubo 39 participantes de diez países distintos, en su mayoría economistas. El objetivo de Hayek, en sus palabras, era crear una organización «a medio camino entre una institución académica y una sociedad política», y eso es lo que fue finalmente la sociedad. Como muestra de pluralismo, hubo desacuerdo ya en 1947 sobre el nombre que debía adoptar el grupo. Hayek propuso Sociedad Acton-Tocqueville. Finalmente el consenso fue alcanzado recurriendo simplemente al lugar donde estaban reunidos. Así nació la Sociedad Mont Pelerin, dedicada a la defensa de los principios liberales. En este libro resume sus avatares Max Hartwell, el historiador económico de Oxford, aunque nacido en Australia, conocido por sus debates con los marxistas sobre la historia de la industrialización. Hartwell ha sido miembro de la Mont Pelerin desde hace un cuarto de siglo, y la presidió entre 1992 y 1994.

Es una sociedad peculiar. No tiene sede ni personal y carece de órga-

nos de difusión de sus ideas; se limita tan sólo a reunir a sus miembros en encuentros anuales y bianuales, organizados por los asociados del país anfitrión. Tras medio siglo de vida apenas cuenta con 500 socios de 40 países. Sin embargo, ha sido capaz de atraer a personalidades de gran peso intelectual, entre las que siempre han destacado los economistas. Siete premios Nobel son o han sido miembros: Allais, Becker, Buchanan, Coase, Friedman, Hayek y Stigler. La sociedad ha sido capaz de atraer a una extraordinaria colección de economistas. Algunos ejemplos son: Alchian, Ashton, Bauer, Benham, Bresciani-Turroni, Brunner, Burns, Demsetz, Director, Einaudi, Eucken, Frankel, Haberler, Harberger, Heckscher, Hutt, Jasay, Kirzner, Knight, Leduc, Lutz, Machlup, Meltzer, Mises, Plant, Rist, Robbins, Röpke, Rueff, Tullock.

Hay que incluir también a Ludwig Erhard, un miembro providencial de la sociedad, que emprendió el plan de reformas liberalizadoras en la Alemania de la posguerra, ignorando sabiamente los consejos en sentido contrario impartidos por los asesores económicos británicos y norteamericanos —entre ellos, por cierto, John Kenneth Galbraith.

Entre los miembros no economistas de la sociedad figuran personalidades tan distinguidas como Karl Popper, Raymond Aron o nuestro Salvador de Madariaga. Los socios son en su mayoría académicos, aunque también ha habido siempre empresarios, periodistas y profesionales. Desde su origen el objetivo que se planteó fue enfrentar la ola antiliberal que presidió las doctrinas económicas del siglo XX. A pesar de la tópica importancia concedida a los medios de comunicación, la Sociedad Mont Pelerin es prácticamente secreta y no tiene manifiestos ni publicaciones. Su meta, según Hayek, no debía ser difundir una doctrina determinada sino elaborar la filosofía de la libertad, precisamente lo que el propio Hayek haría una vez acabada la Segunda Guerra Mundial.

Los «montpelerinos» prestaron siempre mucha atención a la historia, e hicieron frente a las interpretaciones antiliberales y a los intentos socialistas de emplear la historia como propaganda. Un trabajo clásico de Hayek y otros, *El capitalismo y los historiadores*, deriva de las ponencias presentadas en una reunión de la Mont Pelerin en Beauvallon, Francia, en 1951 —ha aparecido recientemente una nueva edición española en Unión Editorial.

Es interesante destacar que la única declaración de principios aceptada por todos los miembros de

la sociedad, y que Lionel Robbins redactó en el primer encuentro de 1947, es de un liberalismo moderado. Véase por ejemplo el punto 4, que habla de «la posibilidad de establecer condiciones de vida mínimas a través de medios no hostiles a la iniciativa y al funcionamiento del mercado»; la idea de la «red de seguridad» ya había sido planteada y aceptada por el propio Hayek en *Camino de servidumbre*, en 1944, donde habla de un «amplio sistema de Seguridad Social».

El libro tiene dos niveles: la *petite histoire* de la propia sociedad y la historia del liberalismo en el siglo actual y del papel de los «montpelerinos» en la misma. Inevitablemente, este segundo nivel es mucho más interesante que el primero. La pequeña historia de la Mont Pelerin no es más que un catálogo de grandezas y miserias características de cualquier grupo de ese tipo. Magro consuelo podremos obtener los hispanos al comprobar que no poseemos el monopolio de las envidias y los odios sarracenos, tan típicos de nuestro mundo académico: Fritz Machlup se inclinó en favor de los tipos de cambio flexibles ¡y Ludwig von Mises no le dirigió la palabra durante tres años!

Pero si las páginas que relatan los vericuetos de la propia sociedad pecan en muchas ocasiones de provincianismo, la historia de las ideas que cuenta Hartwell y el debate de

los liberales contra sus adversarios —en especial en el campo económico— es sugestiva, y revela un curioso itinerario de un pequeño grupo virtualmente marginado de intelectuales que finalmente obtuvo un triunfo y un impacto inconcebibles no sólo en 1947 sino también mucho después. En septiembre de 1973 los «pelerinos» se reunieron en Montreaux, cerca de Mont Pelerin, para celebrar el 25 aniversario de la sociedad. Hayek evocó los tiempos fundacionales y se lamentó: «Nunca pensé que tras el cuarto de siglo que ha transcurrido nuestra Sociedad aún estaría luchando con los mismos problemas que afrontó entonces».

Los 25 años siguientes, en cambio, fueron de expansión del liberalismo y de crisis del comunismo y del intervencionismo. El consenso keynesiano tocó a su fin. Y Hayek pasó del ostracismo a estar en boca de políticos y periodistas. Tras dé-

cadas de marginación, el liberalismo se va ganando el respeto de académicos y no académicos, que reconocen el mérito de quienes denunciaron las deficiencias de las políticas económicas contemporáneas mucho antes de que la mayoría de los especialistas y la opinión pública tomaran conciencia de las mismas.

En las reuniones de la Mont Pelerin sigue habiendo enfrentamientos entre familias liberales, típicamente entre los «austriacos» y los «chicaguianos», con perspectivas metodológicas radicalmente opuestas. Una visión más amplia, empero, permitiría situar estas controversias en su justa proporción, y ponderar la notable capacidad de supervivencia de las doctrinas económicas liberales. En ese empeño la Sociedad Mont Pelerin ocupa ciertamente un lugar destacado.

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN
Universidad Complutense

N. CRAFTS, y G. TONIOLO (eds.): *Economic Growth in Europe since 1945*. Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. xxiii, 600.

Este grueso volumen es el resultado de un estudio financiado por la Comisión Europea en 1992-93 y gestionado por el Center for Economic Policy Research. Contiene cuatro ensayos comparativos introductorios, a los que se suman estudios

de caso más extensos sobre doce países individuales. Dado que entre los autores que contribuyen en sus páginas se encuentran muchos de los más distinguidos historiadores económicos de Europa, la obra puede considerarse un compendio re-

presentativo de la actual situación de la disciplina.

Los editores llaman la atención sobre el hecho de que se trata del primer intento de explorar la cuestión del crecimiento europeo de la posguerra en un contexto comparativo de gran escala desde el trabajo de Boltho (Boltho, A. (de.) *The European Economy: Growth and Crisis* (1982)). Las preguntas esenciales implícitas en el título del volumen de Boltho continúan vigentes en el centro de este estudio: ¿por qué las economías europeas crecieron con tasas históricamente sin precedentes durante la llamada «Época Dorada», entre 1950 y 1973?; y, ¿por qué dichas tasas de crecimiento han sido mucho más moderadas desde esta última fecha? Los editores argumentan que hay particularmente dos factores que hacen interesante explorar de nuevo estas cuestiones: los quince años que separan ésta de aquella obra, lo cual permite introducir perspectivas adicionales, y los avances en la teoría económica.

Entre la literatura teórica que los autores incorporan se encuentran estudios recientes sobre convergencia, que tratan de formalizar la intuición de Gerschenkron según la cual los países retrasados cuentan con ventajas de cara al crecimiento. El fenómeno de nivelación entre países (*catch-up*), concluyen los editores, debe haber sido un componente importante en el crecimiento de la

Época Dorada; los niveles de productividad en Europa se encontraban al final del período mucho más cercanos a los de Estados Unidos, líder mundial duradero, que al principio. Sin embargo, los editores subrayan que esta observación difícilmente cierra la discusión, pues el desnivel de productividad entre Estados Unidos y Europa parece haber aumentado de nuevo desde comienzos de los años ochenta. Ponerse al nivel de los aventajados es una posibilidad, no un trayecto inevitable. Los editores han instado a los autores de los estudios de caso por países a que se interroguen sobre si el mecanismo de igualación opera en algunas épocas y no en otras, y sobre por qué algunos países parecen haber conseguido plenamente el objetivo y otros no. Esto garantiza ensayos especialmente interesantes sobre países periféricos, incluyendo Irlanda, que deberían haber obtenido mejores resultados según la teoría de la convergencia, y Suecia, que superó con creces las previsiones basadas en la teoría durante el período 1870-1970, pero ha quedado retrasada desde entonces dentro de la media de la OCDE.

Una segunda literatura en la que se apoyan los autores es la «nueva teoría del crecimiento». En la vieja literatura neoclásica, todo el crecimiento de largo plazo proviene de factores exteriores al modelo; los modelos más recientes tratan de

explicar de forma endógena el cambio tecnológico. Al convertir las decisiones sobre ahorro e inversión en endógenas, la política económica y las estructuras institucionales pasan a tener un papel propio. Más aún, la nueva literatura desagrega el capital humano y el físico, permitiendo mayores externalidades positivas y una depreciación menos severa de algunas formas de inversión frente a otras.

Los editores invitaron también al parecer a los autores a que ponderaran una serie de hipótesis que emergen de esta literatura, entre ellas si la inversión en maquinaria ha experimentado una elevada propensión a estimular el crecimiento sobre otras formas de inversión, y si la inversión en capital humano ha resultado ser particularmente relevante. La mayor parte de los autores de los estudios de caso cumplidamente indican que las intuiciones de la «nueva teoría económica» son persuasivas, pero los datos cuantitativos a su alcance apenas les permiten comprobar con rigor las hipótesis. Nicola Rossi y Gianni Toniolo trataron de desarrollar un modelo econométrico más ambicioso para desagregar la productividad total de los factores para el caso de Italia. Pese a la novedad del planteamiento, y las deficiencias de los datos estadísticos, los autores expresan abiertamente su sorpresa por la aparente solidez de los resultados. El

lector en cambio se queda con la duda de si la nueva perspectiva ha sido suficientemente elaborada hasta el presente como para producir resultados más fiables que los que proceden de métodos de investigación más tradicionales. Los editores debidamente señalan en la conclusión que la aplicación de la «nueva teoría del crecimiento» a datos históricos se encuentra todavía en pañales.

Una tercera literatura de la que se sirven los autores es la teoría de juegos, que ocupa el centro del segundo estudio comparativo, a cargo de Barry Eichengreen. Este autor argumenta que la *Época Dorada* se apoyó en tasas inusualmente elevadas de inversión, y que a su vez la alta inversión se basó en una concordia entre trabajadores y capitalistas: moderación salarial a corto plazo a cambio de crecimiento y mejoras en la calidad de vida más adelante. Los trabajadores necesitaban garantías de que, si aceptaban la moderación salarial, los capitalistas invertirían de hecho sus beneficios en lugar de distribuirlos entre ellos en forma de dividendos. Los capitalistas por su parte necesitaban tener la seguridad de que los beneficios reinvertidos no serían a continuación confiscados por los trabajadores en forma de salarios más elevados. Las instituciones, incluyendo en ellas los marcos de negociación neo-corporativos, y la co-determinación en Alemania Oc-

cidental, fueron edificadas para crear confianza y asegurar el compromiso por ambas partes.

Eichengreen defiende un argumento similar para explicar por qué la Unión Europea de Pagos fue tan importante para la liberalización del comercio posbélico. Reestructurar para beneficiarse de las economías de escala y de las ventajas comparativas que proporciona el comercio comporta costes y riesgos, señala Eichengreen. Es poco probable que las naciones y las empresas acepten dichos costes y riesgos a menos que tengan la seguridad de que los mercados internacionales no volverán a perderse como resultado de la reimposición de prácticas restrictivas por parte de sus socios. Por medio de la institucionalización de los compromisos de liberalización sobre una base multilateral, la Unión Europea de Pagos proporcionó a los Estados y las firmas la confianza necesaria para llevar adelante sus planes de inversiones, sellando con ello un orden internacional liberal.

Casi en solitario entre los que contribuyen en este volumen (el texto de Wendy Carlin sobre Alemania Occidental es otra excepción) Eichengreen considera positiva la función de los grupos de interés organizados y la regulación financiera como apoyos institucionales del crecimiento de la Época Dorada. Una visión más pesimista es ofrecida por Mancur Olson, autor del tercero de

los cuatro ensayos comparativos. Recapitulando argumentos ya desarrollados por él en otras obras, Olson denuncia que la «Euroesclerosis» ha sido ocasionada por la proliferación de intereses organizados, entre ellos los sindicatos y los *lobbies* de negocios, desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Éstos se embarcan en actividades rentistas y, al aumentar su densidad, socavan el crecimiento económico. Los autores de los estudios de caso parecen tener dos opiniones distintas sobre la tesis de Olson. Mientras que muchos aceptan su mensaje sobre el comportamiento obstructor de los grupos de interés sobre el crecimiento, también señalan que sus argumentos son notablemente difíciles de comprobar de forma rigurosa. No resulta extraño que quienes se centran en los países que claramente evolucionaron por debajo de la media de la OCDE, bien a lo largo de toda la posguerra en su conjunto (Irlanda) o desde 1970 (Suecia), encuentran más fuerte evidencia en favor de la tesis de Olson. El volumen incorpora también un ensayo a cargo de Karl-Heinz Paqué, que expresamente rechaza la aplicabilidad de la tesis al caso de Alemania, un caso de estudio clave en trabajos anteriores de Olson.

Dada la decreciente influencia de Keynes dentro de la profesión resulta tal vez poco sorprendente la relativamente escasa atención dada

al papel de la política macroeconómica en la promoción del crecimiento económico. La mayor parte de los autores que contribuyen al volumen acepta la ortodoxia actual, que sostiene que las políticas fiscales han hecho más perjuicio que beneficio a la economía y que la lucha contra la inflación debería ser el objetivo prioritario o incluso el único de la política monetaria, y en general ignoran el hecho de que los bancos centrales pensaban y actuaban de manera diferente durante la Época Dorada. En solitario entre los cuatro autores de los ensayos comparativos, Andrea Boltho avanza de manera más bien tímida la hipótesis de que las devaluaciones periódicas que tuvieron lugar bajo el régimen de cambios fijos durante la Época Dorada pueden haber estimulado la inver-

sión y mejorado la realización económica a largo plazo de los países que lo adoptaron. Boltho reconoce que, según los modelos teóricos actualmente dominantes, esto es imposible, pero él sugiere con malicia que las experiencias recientes de devaluación en Inglaterra e Italia en 1992 parecen ofrecer evidencia empírica en sentido contrario.

Hay muchas razones para asumir que este estudio logrará su cometido: reemplazar el volumen de Boltho como el trabajo de referencia básica sobre el crecimiento en la Europa de la posguerra para los próximos diez o quince años.

Douglas J. FORSYTH
Bowling Green State University,
Ohio, e Instituto Juan March de
Estudios e Investigaciones

Jaime REIS: *O Banco de Portugal das origens a 1914. I Volume: Antecedentes. Fundação. Consolidação (1821-1857)*. Lisboa, Banco de Portugal, 1996.

El Banco de Portugal es uno de los institutos emisores más antiguos de Europa, cuyo nacimiento data de 1846, cuando a raíz de una profunda crisis financiera se constituyó a partir de la fusión de dos viejas entidades financieras, el Banco de Lisboa, creado en 1821, y la Companhia Confiança Nacional. Como casi todos los bancos centrales europeos,

nació impulsado por el Estado y pensado como un expediente de urgencia para resolver los graves problemas económicos y financieros del momento. En consecuencia, los privilegios que le fueron otorgados los recibió, como las demás entidades emisoras del continente, a cambio de la obligación de acudir en ayuda de la Hacienda pública.

En este libro Jaime Reis examina los primeros decenios de existencia de la institución portuguesa, desde sus orígenes hasta 1857, año de su consolidación definitiva. El hilo conductor de la historia de Reis es la propia historia política y económica de Portugal en un tiempo de turbulencias financieras y tribulaciones políticas, cuando se dieron cita varias guerras civiles y diversos cambios de régimen. El Banco de Lisboa primero y el Banco de Portugal después se situaron en el epicentro del fragor político y se convirtieron, quizá sin desearlo, en protagonistas del gran combate de la primera mitad del siglo XIX entre las fuerzas conservadoras del Antiguo Régimen y las huestes del naciente Estado liberal.

El autor ha organizado el volumen en tres partes bien diferenciadas. En la primera se ocupa de repasar la historia financiera portuguesa del período 1821-46 y relatar las vicisitudes de las instituciones bancarias que antecedieron al Banco de Portugal. La segunda queda dedicada a examinar de forma detallada la constitución del Banco de Portugal en 1846. La tercera traza la historia del instituto emisor durante su primera década, fijándose en los problemas que planteó su consolidación y en sus difíciles relaciones con el Estado.

El relato se abre con un conjunto de páginas dedicadas a examinar

en detalle los problemas financieros del naciente Estado liberal portugués que surge, como en toda Europa, de la descomposición y desorden del Antiguo Régimen. Una deuda excesiva, con un monto situado muy por encima de la capacidad de pago del Tesoro público; un déficit crónico derivado de la insuficiencia impositiva, basado en los ingresos aduaneros y en el monopolio de tabacos, y agravado desde 1822 con la independencia de Brasil; frente a esto, unos gastos corrientes inflexibles y de atención de la deuda que absorbían la mayor parte del presupuesto y dejaban a los poderes públicos un escaso margen de manobra. Para cerrar los desequilibrios el Estado portugués hubo de recurrir a la venta de bienes, a los empréstitos interiores y exteriores y a la emisión de cédulas del Tesoro. En aquellos años también se ensayaron las llamadas «operaciones mixtas», por las cuales los financieros locales cedían dinero, parte en metálico y parte en títulos antiguos a su valor nominal, mientras que el Tesoro se comprometía a la devolución del crédito en metálico en su totalidad.

Cuando se constituye el Banco de Lisboa en 1821, el precedente y antecesor del Banco de Portugal, el tejido financiero portugués se encontraba en un estado rudimentario. La nueva entidad que nació como banco de emisión y descuento se convirtió pronto no sólo en el pri-

mer banco del país sino también en la mayor sociedad mercantil de la época. El banco surgió bajo la protección del Estado con el objetivo de auxiliar al Tesoro en momentos de apuro financiero. Reis sostiene que los veinte años de existencia del Banco de Lisboa presentan un balance favorable y tan sólo en una ocasión, 1827, se vio forzado a la suspensión del pago en metálico de sus notas. Sus principales problemas aparecieron de su excesiva y creciente vinculación con la Hacienda pública, cuyos créditos llegaron a suponer el 60 por ciento de su activo, lo que no sólo generaba una fuerte dependencia del Estado sino también su punto de mayor debilidad. Así, cuando el Banco trataba de frenar el recurso del Tesoro o resistirse a colaborar, el Estado amenazaba con la suspensión de pagos que conduciría a la inestabilidad política, con lo que trasladaba a la entidad de crédito toda la responsabilidad del caos económico y financiero que pudiera derivarse; en esta tesitura al Banco no le quedaba otro remedio que ceder a las pretensiones del gobierno. Del Banco de Lisboa el autor ofrece además un minucioso examen de cómo se formó el capital, quiénes fueron sus accionistas y cuáles fueron los grupos directivos, así como de la composición de los órganos de dirección y del sempiterno problema del principal y la agencia como consecuencia de la

separación entre la propiedad y la gestión.

Para terminar esta primera parte, Reis incluye un capítulo en el que da cuenta de la aparición de otras sociedades mercantiles dedicadas al negocio bancario y que densificaron el tejido financiero lisboeta y portugués. Se trató sobre todo de diversas entidades creadas desde 1830 al amparo del código de comercio; las más importantes fueron la Companhia Confiança Nacional, la Companhia União Comercial, la de Crédito Nacional y la Auxiliar. En cada caso el autor describe la fundación, funcionamiento y vicisitudes de estas sociedades en general de vida efímera pero que contribuyeron a animar el sector crediticio lisboeta. El proyecto más notable de todas ellas lo constituyó la aparición en 1844 de la Companhia Confiança Nacional, que junto con la Companhia de Tabacos y la Companhia de Obras Públicas llegaron a formar un gran conglomerado mercantil con el objetivo de impulsar la inversión y transformar la vida económica portuguesa. Lamentablemente fracasó en sus pretensiones, quedándose en un simple banco comercial vinculada cada vez más estrechamente al Estado, lo que terminó llevándola a una situación patrimonial débil. En todo caso las dificultades de esta Companhia afectaban muy de cerca al Banco de Lisboa, puesto que esta entidad se encontraba entre los prin-

cipales accionistas de la Confiança Nacional y cualquier problema de ésta repercutía de forma inmediata en el Banco de Lisboa.

La creación del Banco de Portugal por decreto de 9 de noviembre de 1846 es la solución a una aguda crisis política y económica que comenzó en mayo de ese mismo año con la suspensión de pagos del de Lisboa y de la Companhia Confiança Nacional. En el origen se trató de una crisis de confianza debida en parte a motivaciones políticas y en parte a la excesiva dependencia de ambas instituciones del Tesoro, que pasaba entonces por conocidos apuros financieros. Para el público y los capitalistas lisboetas la situación también fue consecuencia de una actuación poco ortodoxa de las propias entidades de crédito, que las colocó en una posición sospechosa de liquidez y solvencia, con exceso de emisión y caída de sus ratios de liquidez.

En esta segunda parte del volumen, Reis nos proporciona un pormenorizado repaso de la crisis del 46 hasta su desenlace en el mes de noviembre. Para el autor, los graves acontecimientos de esos meses hicieron obligada la profunda reforma llevada a cabo a la par que se constituía el Banco de Portugal. El fin de la crisis monetaria y la vuelta de la confianza de los inversores, nacionales y extranjeros, exigió la fusión del Banco de Lisboa y de la

Companhia Confiança Nacional en una nueva entidad, la creación de una Caixa de Amortização que asegurara el reembolso de la deuda del Tesoro a los acreedores y un compromiso para retirar el exceso de billetes en circulación, así como la supresión del «curso forzoso». El citado decreto de 4 de noviembre creando el Banco de Portugal dio respuesta, en teoría, a todos estos problemas.

Pero la nueva institución nació con una pesada herencia que, como señala el autor, la hizo atravesar una década de dificultades financieras y la obligó a transitar un largo período de consolidación en el plano económico y jurídico. Reis dedica la tercera parte de su historia al estudio de la primera etapa del Banco de Portugal entre 1846 y 1857, año de su afianzamiento definitivo. Estos ejercicios fueron turbulentos, pues la entidad hubo de encarar diversos frentes hostiles; téngase en cuenta que al ser el Banco de Portugal sucesor del Banco de Lisboa se le hizo responsable de los males causados por éste y culpable de la desvalorización de los billetes. Aunque el Banco de Portugal deseaba que se le considerase una entidad de nuevo cuño, la continuidad institucional le supuso una pesada carga. De un lado tuvo que sanear su estructura patrimonial, abultada con créditos de dudoso cobro; liquidar los débitos del Estado; y sobre todo sacar

de la circulación los billetes del extinto Banco de Lisboa. De otro, los responsables de la entidad hubieron de acometer la organización de la misma, lo cual tampoco fue una tarea fácil. A todo esto debe añadirse el sorprendente hecho de la suspensión durante varios años de su decreto de creación, lo que introdujo en su actividad una incertidumbre permanente sobre la legalidad de sus actuaciones y sobre su propio futuro, que sólo se despejó cuando en 1857 se produjo su consolidación jurídica al aprobarse su «Carta Orgánica». Sobre todos estos asuntos el autor se encarga de ofrecernos un detallado recuento, a veces excesivamente prolijo, desmenuzando cada una de las operaciones y las distintas alternativas existentes, así como los problemas económicos, políticos y jurídicos que salieron al paso. Reis destaca cómo durante esta década de consolidación nunca cesaron las críticas al Banco por los privilegios recibidos ni tampoco desaparecieron las dudas sobre su legitimidad.

O Banco de Portugal es un libro excelente por muchos motivos. Escrito con rigurosidad técnica, ofrece en sus páginas no sólo la historia de los bancos de Lisboa y Portugal, hasta 1857, sino la historia financiera portuguesa del período y, si se me

apura, magníficas pinceladas de la sociedad y política del país vecino a mediados del siglo XIX. El libro contiene todos los ingredientes de toda buena historia financiera: la organización interna de las entidades, el retrato de sus responsables, el marco político y económico en el que se desarrollaron, el estudio financiero de sus actividades, sus funciones como entidades de crédito. Sólo cabe hacerle un reproche: las cuatrocientas páginas de historia se terminan en 1857 y nos queda un sabor agridulce, pues desearíamos haber dispuesto de la historia completa, al menos hasta la clásica fecha de 1914. También se echa de menos un capítulo de conclusiones que resumiera la densa y variada historia de esos años, para que el lector tuviese una recapitulación final de lo tratado. No obstante, este mismo lector queda compensado con una edición impecable, de auténtico lujo, llevada a cabo por el propio Banco de Portugal, con un gran despliegue tipográfico, fotos de personajes y paisajes de la época, y reproducción en color de monedas, de billetes, de planos y de documentos.

Pablo MARTÍN ACEÑA
 Universidad del Alcalá
 y Fundación Empresa Pública

ÍNDICE DEL VOLUMEN XV

ÍNDICE
AÑO XV (1977)

NOTA NECROLÓGICA

| | |
|---|----|
| TORTELLA, Gabriel: <i>En recuerdo de Manuel Tuñón de Lara</i> | 11 |
|---|----|

PREMIO RAMÓN CARANDE 1995

| | |
|---|----|
| BARQUÍN GIL, Rafael: <i>Transporte y precio del trigo en el siglo XIX: creación y reordenación de un mercado nacional</i> | 17 |
|---|----|

ARTÍCULOS

| | |
|---|-----|
| ALBEROLA ROMÁ, Armando y GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique: <i>Antecedentes colonizadores en la España del siglo XVIII. Proyectos y realidades en las tierras de la antigua Corona de Aragón</i> | 269 |
| BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda: <i>Una estimación del coste de la vida en España, 1861-1936</i> | 363 |
| BROADBERRY, Stepehn: <i>Vive la différence. Disaggregation of the productivity convergence process</i> | 575 |
| FERNÁNDEZ PÉREZ, Paloma: <i>Bienestar y pobreza. El impacto del sistema de herencia castellano en Cádiz, el «Emporio del Orbe» (1700-1810)</i> | 243 |
| HERNÁNDEZ, Bernardo: <i>Hombres de negocios y finanzas públicas en la Cataluña de Felipe II</i> | 51 |
| LÓPEZ CASTELLANO, Fernando: <i>Una tardía defensa de la reforma tributaria de 1785: las «Cartas económicas» de Ramón María Cañedo</i> | 295 |
| LLONA RODRÍGUEZ, Agustín: <i>Chilean Monetary History, 1860-1925. An Overview</i> | 125 |
| MARICHAL, Carlos: <i>Beneficios y costes fiscales del colonialismo: las remesas americanas a España, 1760-1812</i> | 475 |

| | |
|--|-----|
| MARTÍNEZ VARA, Tomás: <i>Una estimación del coste de la vida en Santander, 1800-1860</i> | 87 |
| MUÑOZ PRADAS, Francisco: <i>Índice de precios y dinámica demográfica en Cataluña (1600-1850)</i> | 507 |
| SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos: <i>Rafael Gasset y la política hidráulica de la Restauración, 1900-1923</i> | 319 |
| SERRANO SANZ, José M. ^a y ASENSIO CASTILLO, M. ^a Jesús: <i>El ingenierismo cambiario. La peseta en los años del cambio múltiple, 1948-1959</i> | 545 |

NOTAS

| | |
|--|-----|
| MARTÍN PLIEGO, Javier: <i>Historia de la Probabilidad en España</i> | 161 |
| MORELLA, Enric: <i>Un índice ponderado de precios industriales, 1874-1913</i> .. | 625 |
| SOLER BECERRO, Raimon: <i>La evolución del salario en una empresa textil algodonera. La fábrica de la Rambla de Vilanova i la Geltrú (1891-1925)</i> | 369 |
| TORTELLA, Teresa: <i>Una guía de fuentes sobre las inversiones extranjeras en España entre 1780 y 1914</i> | 607 |
| VARELA, Javier: <i>Un profeta político: Joaquín Costa</i> | 177 |

RECENSIONES

| | |
|---|-----|
| BENTHAM, Jeremy: <i>Colonies, commerce and constitutional law. Rid yourselves of ultramarina and other writings on Spain and Spanish America.</i> Por Carlos Rodríguez Braun | 452 |
| BULMER-THOMAS, Victor: <i>The Economic History of Latin America Since Independence.</i> Por Daniel Díaz Fuentes | 455 |
| CATALÁN, Jordi: <i>La economía española y la segunda guerra mundial.</i> Por Concha Betrán | 214 |
| COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo: <i>La empresa en la Historia de España.</i> Por Juan Hernández Andreu | 221 |
| CORNBLIT, Óscar: <i>Power and violence in the colonial city. Oruro from the mining renaissance to the rebellion of Tupac Amaru (1740-1782).</i> Por Carlos Rodríguez Braun | 225 |
| CORTÉS CONDE, Roberto: <i>La economía argentina en el largo plazo.</i> Por Isabel Sanz Villarroya | 653 |
| CRAFTS, N. and TONIOLO, G.: <i>Economic growth in Europe since 1945.</i> Por Douglas J. Forsyth | 669 |
| CRUSAFONT I SABATER, M.: <i>Historia de la moneda catalana. Interpretació i criteris metodològics.</i> Por Gaspar Feliú | 187 |
| DÁVILA L. DE GUEVARA, Carlos: <i>Empresa e Historia en América Latina. Un balance historiográfico.</i> Por Eugenio Torres Villanueva | 223 |
| DE CASTRO, Concepción: <i>Campomanes. Estado y reformismo ilustrado.</i> Por Ángel García Sanz | 415 |
| DOMÍNGUEZ, R.: <i>El campesino adaptativo. Campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880.</i> Por Pablo Sánchez León | 198 |

| | |
|---|-----|
| EICHENGREEN, Barry: <i>Globalizing Capital</i> . Por Concepción García-Iglesi- as Soto | 443 |
| GÁRATE, Montserrat y MARTÍN RUDI, Javier: <i>Cien años de la vida econó- mica de San Sebastián (1887-1987)</i> . Por Carlos Larrinaga | 208 |
| GARCÍA ACOSTA (coord.), Virginia: <i>Los precios de alimentos y manufactu- ras novohispanos</i> . Por Juan Carlos Sola Corbacho | 651 |
| GARCÍA GARCÍA, Carmen: <i>La crisis de las Haciendas locales. De la reforma administrativa a la reforma fiscal (1743-1845)</i> . Por Carlos de la Hoz | 425 |
| GARRABOU, Ramón y NAREDO, José Manuel: <i>La fertilización en los sis- temas agrarios. Una perspectiva histórica</i> . Por Juan Pan-Montojo | 211 |
| GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): <i>Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (economía, población y ciudad)</i> . Por Montserrat Gá- rate Ojanguren | 438 |
| GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y otros: <i>Ferrocarriles y desarrollo. Red y mercados en el País Vasco, 1856-1914</i> . Por Carlos Larrinaga Rodríguez .. | 435 |
| HARTWELL, R. M.: <i>A History of the Mont Pelerin Society</i> . Por Carlos Ro- dríguez Braun | 667 |
| HOFFMAN, Philip: <i>Growth in a Traditional Society</i> . Por Juan Antonio Car- mona Pidal | 656 |
| HUBERMAN, Michael: <i>Escape from the market. Negotiating work in Lan- cashire</i> . Por Joan R. Rosés | 659 |
| MARCHENA, José: <i>Burgueses y caciques en el Cádiz de la Restauración</i> . Por Carlos Larrinaga | 643 |
| MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón: <i>El monte público en La Rioja du- rante los siglos XVIII y XIX: aproximación a la desarticulación del régimen co- munal</i> . Por José Ignacio Jiménez Blanco | 193 |
| MORI, Giorgio; ROSA, Luigi; GALASSO, Giuseppe; CASTRONOVO, Valerio & ZANETTI, Giovanni (eds.): <i>Storia dell'industria elettrica in Ita- lia</i> . Por Gregorio Núñez Romero-Balmas | 446 |
| PÁREZ PICAZO, María Teresa: <i>Historia de España del siglo XX</i> . Por Anto- nio Escudero | 648 |
| PÉREZ ROMERO, Emilio: <i>Patrimonios comunales, ganadería trashumante y sociedad en la Tierra de Soria, siglos XVIII-XIX</i> . Por Miguel A. Melón Jimé- nez | 203 |
| PÉREZ SÁNCHEZ, G.: <i>Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)</i> . Por Esmeralda Ballesteros Doncel | 646 |
| PINILLA NAVARRO, Vicente: <i>Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935</i> . Por José Miguel Martínez Carrión | 429 |
| REHER, David, S.: <i>La familia en España, pasado y presente</i> . Por Enriqueta Camps Cura | 637 |
| REIS, Jaime: <i>O Banco de Portugal das Origens a 1914. I Volumen: Antece- dentes. Fundação. Consolidação (1821-1857)</i> . Por Pablo Martín Aceña ... | 673 |
| RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Ricardo: <i>Mercaderes castellanos del Siglo de Oro</i> . Por Bernardo Hernández | 420 |
| SAAVEDRA, Pegerto: <i>A Fazenda real na Galicia do antigo réxime</i> . Por Ra- fael Vallejo | 189 |

| | |
|---|-----|
| SÁNCHEZ BELÉN, Juan A.: <i>La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II</i> . Por Francisco Comín | 640 |
| SELIG, Jean-Michel: <i>Malnutrition & développement économique dans l'Alsace du XIX siècle</i> . Por José Miguel Martínez Carrión | 662 |
| TELLO I ARAGAY, Enric: <i>Guía práctica de historia económica mundial</i> . Por Antonio Santamaría | 218 |
| WILLIAMSON, Jeffrey G. y HATTON, Timothy J.: <i>Migration and the international Labor Market, 1850-1939</i> . Por Blanca Sánchez Alonso | 228 |



European Association for Banking History e.V.

Zimmerweg 6, 60325 Frankfurt am Main, Telefon (069)97203307, Telefax (069) 97203308

Biennial Prize for young scholars working on European banking history

The European Association for Banking History will award a Prize for an individual scholar or a team of maximum three scholars working on either an institutional, economic or social aspect of the history of European banking or on a biography of a European banker or banker's dynasty. The studies should meet academic requirements, should be unpublished and consist of 80,000 to 120,000 words. The applicants should not be over 35 when submitting their manuscripts. The text will be accepted in any European language but will have to be accompanied by an abstract of 3,000 word/10 pages in English.

The Prize of 2,500 ECU's will be awarded in Amsterdam in 1999.

In addition the EABH will endeavour to publish the awardwinning manuscript. Final submission date for the 1999 Prize is 30th November 1998.

For further details please contact:

**Prof. Dr. Manfred Pohl
European Association for Banking History e.V.
Zimmerweg 6
D-60325 Frankfurt am Main
Tel.: country code + (69) 972 03 307
Fax: country code + (69) 972 03 308
e-mail: 106631.240@compuserve.com**

Board of Management: Sir Evelyn de Rothschild (Chairman), Hilmar Kopper (Chairman of the Board of Patrons), Dr. Hans-Ulrich Doerig, Peter Jan Kalff, Dr. Luigi Fausti, Philippe Lagayette, Pedro Martínez Méndez (Treasurer), Prof. Dr. Manfred Pohl (Executive Member and Deputy Chairman), Prof. Dr. Herman van der Wee (Chairman of the Academic Advisory Council).

ALIANZA
EDITORIAL

ECONOMÍA

**Rafael Muñoz
de Bustillo y
Rafael Bonete**

INTRODUCCIÓN A LA
UNIÓN EUROPEA
AUT 164

**Ramón Casilda
Béjar, Prosper
Lamothe Fernández
y Manuel Monjas**

Barroso
LA BANCA Y LOS
MERCADOS
FINANCIEROS
AUT 166

HISTORIA

Charles Zorgbibe

HISTORIA DE LAS
RELACIONES
INTERNACIONALES
1. De la Europa de
Bismarck hasta el
final de la Segunda
Guerra Mundial
AU 885

2. Del sistema de
Yalta hasta nuestros
días
AU 886

**José Luis Rodríguez
Jiménez**

LA EXTREMA DERECHA
ESPAÑOLA EN
EL SIGLO XX
AU 887

E. L. Jones
CRECIMIENTO
RECURRENTE
El cambio
económico en la
historia mundial
AU 891

CIENCIAS SOCIALES

**Santiago López
García y Jesús M^a
Valdaliso (eds.)**

¿QUE INVENTEN
ELLOS?
Tecnología, empresa
y cambio económico
en la España
contemporánea
AU 880

**Susana Aguilar
Fernández**

EL RETO DEL MEDIO
AMBIENTE
Conflictos e intereses
en la política
medioambiental
europea
AU 883

Manuel Castells

LA ERA DE LA
INFORMACIÓN:
ECONOMÍA,
SOCIEDAD Y CULTURA
Vol. I.: La sociedad
red
LS 261



Alianza 30 *Editorial*
aniversario

Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
Tlf.: 393 88 88

PATRONATO

Gabriel Tortella (Presidente)

Carmen Iglesias (Directora del Centro de Estudios Constitucionales)

Rafael Martínez Alés (Director Adjunto de Alianza Editorial)

Leandro Prados de la Escosura (Universidad Carlos III)

Felipe Ruiz Martín (Presidente Honorario de la Asociación de Historia Económica)

Julio Segura Sánchez (Director de la Fundación Empresa Pública)

3480973

D

Revista de Historia Económica



9 778402 126109